

PREPARADO PARA LA FOSA

silver kane

BB





SILVER KANE

PREPARADO PARA LA FOSA

SERVICIO SECRETO n.º 759
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B. 39500-1964

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1965

© SILVER KANE - 1965
sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 496/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

894 — La llanura muerta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

752 — Recuerdo para una muerta.

En Colección TEXAS:

451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

315 — Hijo de la muerte.

En Colección BUFALO:

553 — Bueno para morir.

En Colección ASES DEL OESTE:

289 — La sangre de los valientes.

En Colección PUNTO ROJO:

138 — Nadie llorará mi muerte.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

123 — Ataúd B-4.

En Colección BRAVO OESTE:

209 — Mujeres del Sur.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19 — Rumbo al Más Allá.

En Colección COLORADO:

360 — Los caballeros.

UNO

—Ha hecho usted mal en venir a esta región del lago —susurró Bentley, como si hablara del tiempo, pero con una entonación de voz especial.

—He hecho mal. ¿Por qué?

—Porque ha venido usted en la época de los crímenes.

Kurt se estremeció un momento, imperceptiblemente, y miró hacia la lejanía, hacia las aguas.

En el primer momento pensó que Bentley, su interlocutor, hablaba en broma. Pero aquel tono especial de su voz, aquel brillo furtivo de sus ojos le indicaban todo lo contrario, es decir que Bentley estaba hablando en serio. Espantosamente en serio.

—¿Pero qué dice? —balbució Kurt.

—Lo que acaba usted de oír. Esta es la época de los crímenes en la región del lago.

—¿Qué crímenes?

—Los que se cometen cada año.

Kurt había comprendido ahora que su interlocutor le hablaba definitivamente en serio, pero la situación le pareció tan cómica y tan increíble que por fuerza hubo de lanzar una carcajada.

Al calmarse, vio que su interlocutor le miraba con una especie de amargura, como si no le comprendiese.

—¿Quiere usted decir que esta región tiene su época de crímenes, como debe tener su época de la vendimia y su época de la caída de la hoja? ¿Es eso lo que ha querido insinuar?

—Más o menos.

En vista de que Bentley seguía en aquel tono absurdo, Kurt hizo un gesto vago con la derecha, como si espantara una mosca, y se dedicó a encender un cigarrillo mientras contemplaba las aguas del lago.

Estas reflejaban las últimas luces del sol poniente, y su brillo dorado recordaba el de una maravillosa, aunque ya demasiado vista, tarjeta postal. Kurt pensó que se encontraría bien allí, especialmente en la época del otoño, en cuyos primeros días habían entrado ya.

Aspiró el humo con deleite, en parte porque se privaba bastante de fumar y en parte porque el humo sabía mejor en la calma augusta de aquel anochecer.

Mirando hacia la derecha se veía el pequeño lago, y hacia la izquierda el hermoso contorno de Apalachicola Bay, al norte de la península de Florida, en el lugar de mayor penetración de todo el golfo de Méjico.

Un buen sitio para descansar, para admirar el paisaje, para rascarse la tripa en las horas de aburrimiento y para ver si se ponía a tiro alguna muchacha complaciente. Todo menos pensar en muertos.

Bentley dijo calmosamente:

—Debió haber venido en verano. Ahora todo esto empieza a estar desanimado. La gente se marcha.

—Sí, ya comprendo. Los veraneantes se van con el verano. No hace falta ser muy listo para hacerse cargo de eso.

—Pronto toda la comarca será una cosa solitaria, triste y yerma.

—Bueno, pero no por eso dejará de ser hermosa —opuso Kurt.

—Sí, es muy hermosa... Esto tiene en otoño una belleza casi irreal, casi mágica. Sin embargo todo le parecerá distinto cuando empiece a oír los primeros gritos de agonía cerca de las aguas del lago.

Kurt expulsó casi violentamente el humo que tenía en la boca.

—¿Ya está usted otra vez con eso, señor Bentley?

—Mi obligación es advertirle.

—Yo más bien diría que lo que quiere es asustarme.

—Interprételo como quiera, pero me parece una tontería que se quede usted aquí, señor Kurt Loman.

Kurt prefirió no contestar.

Quizá se encontraba ante uno de esos hombres pesimistas que no son felices si no hablan de crímenes, de desgracias y de muertes. En esos casos lo mejor es dejarles de lado, no contradecirles.

Veía las últimas barcas de vela surcando parsimoniosamente el lago, mientras por la carretera vecinal rodaban algunos coches tipo «Station-Wagon», con veraneantes que ya empezaban a abandonar sus residencias estivales. Aquellos coches los conducirían hasta el neblinoso Baltimore o hasta la lejana Nueva York, donde les aguardaban sus preocupaciones, su trabajo, sus tarugos de dinero y sus líos de amiguitas. Donde para ellos la vida volvería a empezar.

Kurt aspiró otra bocanada de humo.

Nada más plácido que aquello, nada más hermoso. Nada tan alejado de la idea de crimen como Apalachicola Bay.

La voz de Bentley, que sonaba a su lado, le pareció sin embargo extrañamente lejana.

—¿Por qué no ha venido en verano? —le preguntaba—. Ya sabe que yo administro todas estas fincas de por aquí. Le hubiera podido conseguir algún buen sitio.

—Es que, en verano, el alquiler de una casa junto al lago resultaba demasiado caro para mí.

—Ah, comprendo...

Bentley le había contemplado con una mirada entre desdeñosa y llena de curiosidad. Estaba habituado a ver gente rica en Apalachicola Bay, y aquel tipo que tenía que contar el dinero antes de alquilar una

casa junto al lago le llamaba la atención.

Preguntó sin preámbulos:

—¿Dónde vive usted normalmente todo el año, señor Kurt?

—En Chicago.

—¿Y a qué se dedica?

Kurt sonrió suavemente.

—Me ocupo de dos profesiones que parecen casi incompatibles y que sin duda le harán sonreír. Soy boxeador y novelista.

—¿Todo a la vez?

—Bueno, no. Empecé siendo novelista.

—¿Y no iban las cosas bien?

—¡Qué va! Los editores son gente dura y aferrada a una serie de prejuicios, en cuyas cabezotas difícilmente entran las ideas de uno. Hace dos años apenas había logrado publicar nada aún.

—¿Y se dedicó entonces al boxeo?

Bentley se dio ahora cuenta de que Kurt era un tipo de anchas espaldas, de brazos que se adivinaban muy poderosos bajo la tela liviana de la camisa, y de cejas ligeramente alteradas en sus rasgos debido a los golpes recibidos. Pero uno, al verle por primera vez, no tenía la impresión de hallarse ante un boxeador. Había que ir captando todos aquellos detalles poco a poco.

—Sí —dijo Kurt—, entonces celebré combates en calidad de aficionado. Mi categoría estaba en los pesos semifuertes, es decir una categoría donde los golpes recibidos suelen ser muy peligrosos.

—¿Ganó muchos combates?

—Todos los que hice como aficionado. Fueron diez. A pesar de mi calidad de *amateur*, ganaba unos cuantos dólares que me ayudaban a ir tirando mientras intentaba que se solucionase mi carrera literaria.

—¿Y luego pasó al campo profesional?

—Sí. Debuté en el propio Chicago, con bastante éxito, y al fin pasé a Nueva York.

—¿Cómo le fue allí?

Kurt lanzó una carcajada, pero fue más bien una carcajada triste.

—Me dieron una paliza tremenda.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Yo no estaba acostumbrado a los zorros viejos del *ring*, a los hombres que se saben todas las tretas. Recibí unos cuantos golpes muy malos y fui lo bastante inocente para querer continuar en el *ring*. Caso de haber abandonado no hubiese ocurrido nada, pero resistí hasta el final los diez interminables asaltos de que constaba el combate. Ni el árbitro ni mi cuidador llegaron a darse cuenta del castigo que estaba recibiendo, por el hecho de que casi ninguno de los golpes produjo sangre. Al final del combate perdí por puntos, pero cuando iba hacia el vestuario me desvanecí. Luego he sabido que estuve dos días

sin recobrar el conocimiento, con un pequeño derrame cerebral, y he sabido también que me salvé gracias a mí juventud, pero no podré boxear al menos en seis meses o un año.

Kurt se puso en pie, alejándose unos pasos por la terraza del solitario café en que estaban sentados, y luego regresó. Su pierna izquierda se arrastraba de un modo bastante notable.

—Mire —dijo.

—¿Qué es eso? —musitó Bentley.

—Una reliquia que me ha quedado del combate de que le hablo. Sé que esto desaparecerá y volveré a estar bien de nuevo, pero si en este momento alguien me persiguiera, si alguien luchase conmigo, apenas podría defenderme.

—Razón de más para que no se quede junio al lago cuando esto empiece a estar vacío.

Kurt hizo caso omiso de aquellas palabras, que no acertaba a comprender, y añadió:

—Como después de un período de mala suerte suele tenerse otro en que las cosas salen bien, al abandonar el hospital un editor me dijo que me publicaba mi primer libro.

—¿Y tuvo éxito?

Kurt aplastó en el cenicero la punta de su cigarrillo.

—No puedo quejarme. Me permitirá vivir casi todo el otoño, hasta que escriba mi segundo libro.

—¿Qué clase de novelas escribe usted, señor Kurt Loman?

—Suelen ser policiacas.

Ahora fue Bentley el que lanzó una carcajada.

—No me dirá que ha venido aquí a buscar inspiración. No me dirá que sabía lo de los crímenes.

Kurt se removió en su asiento, ligeramente molesto.

—¿Pero es que habla en serio, señor Bentley?

—Y tan en serio. Hace ya dos años que se cometen.

—¿Se da cuenta de que esta región no es la neblinosa Escocia, ni hay aquí castillos de la Edad Media, ni existen leyendas de vampiros, ni el ambiente tiene nada de misterioso? Aquí la gente viene a divertirse y a olvidar sus preocupaciones, señor Bentley. Esta es una de las zonas turísticas más importantes de los Estados Unidos. ¿Ve aquellas casas blancas junto al lago? Usted sabe bien, puesto que las administra, que solo los millonarios pueden habitarlas. ¿Es que un espectáculo semejante sugiere la idea de crimen?

—Sin embargo se han cometido.

Kurt encendió otro cigarrillo. Podía permitirse aquel pequeño exceso, puesto que en varios meses no volvería a boxear. Además, la verdad es que lo hizo maquinalmente, sin darse cuenta.

Estaba advirtiendo que Bentley se sentía dominado por una

preocupación honda, sincera, y que todo aquello que decía acerca de los crímenes no eran fantasías suyas.

—¿Cuándo se cometió el primero? —preguntó.

—Hace justamente dos años.

—¿O sea en época en que los veraneantes todavía estaban aquí?

—Exacto. Pero ya empezaban a marcharse. Sucedió como ahora. La zona del lago empezaba a quedar desierta.

—¿Quién fue la víctima?

—Una muchacha de diecinueve años. Fue encontrada muerta, con la garganta seccionada. No quedaba en su cuerpo una gota de sangre.

—Supongo que la policía intervendría.

—Imagínese. La chica era hija de un mangante, digo de un magnate de las altas finanzas.

—¿Y no averiguaron nada?

—Nada. Misterio y niebla.

Kurt aspiraba lentamente el humo de su cigarrillo. La noche iba cayendo poco a poco sobre el lago y sobre la bahía, y el joven se daba cuenta, con estupor, de que el paisaje cambiaba casi radicalmente. Lo que poco antes era poético y dulce, ahora era oscuro y siniestro. Los árboles desmayados junto al lago, que antes parecían hablar de amor, ahora hablaban de sombras negras deslizándose furtivas junto a las aguas. Incluso las luces de la bahía parecían en la distancia las luces de un cementerio.

Pero se estaba dejando influir por las palabras de Bentley. Debía luchar contra eso.

—¿Intentaron robar a la muchacha?

—No. Llevaba encima dinero y joyas muy valiosas, que el asesino no tocó para nada.

—Quizá pretendieron... violarla.

—La autopsia demostró que la muchacha había muerto intacta. No, amigo, la policía ya pensó en todo eso.

—Entonces...

—Al año siguiente, cuando terminó la estación del veraneo, dos policías se quedaron aquí. Uno era un auténtico sabueso de los que disparan primero y preguntan después. El otro un muchacho recién salido de la Escuela de Policía, un chico que empezaba. Los dos se dedicaron a meter las narices por estos contornos, y al terminar el otoño aún vagaban como fantasmas por estos parajes. Hasta que el chico, el más joven, se rompió la pierna.

Kurt ya no se acordaba ni de fumar. El cigarrillo se consumía inútilmente en el cenicero.

—¿Y...? —susurró.

—Quizá no se la rompió del todo... Bueno, quiero decir que no hizo falta enyesarle durante cuarenta días, como es costumbre. Llevaba un

vendaje duro y andaba apoyándose en un bastón. Cierta noche penetró en una de esas casas del lago que permanecían ya abandonadas.

Kurt tragó saliva.

Sus manos aferraban fuertemente los bordes del sillón de mimbre en que se hallaba sentado, sin que él mismo se diera cuenta.

—¿Qué sucedió, Bentley?

—El grito de horror de ese hombre se oyó en todo el pantano.

—Pero él debía ser un hombre fuerte, ¿no? Además un policía siempre va armado.

—Por supuesto que sí. El llevaba su revólver de reglamento.

—¿Y... no lo usó?

—No pudo.

—¿Qué quiere decir?

—A medianoche, cuando se logró identificar de dónde había brotado el grito, se le encontró con la garganta seccionada, igual que había ocurrido con la chica. El revólver estaba en la mano del muerto, pero el tambor conservaba todas las balas. El horror, o la sorpresa, habían sido tan intensos, que no pudo apretar el gatillo ni una sola vez.

Kurt tragó saliva nuevamente, con un breve espasmo.

Fue a tomar el cigarrillo que descansaba en el cenicero, pero ya se había consumido.

—Supongo —dijo— que toda la policía de los Estados Unidos se presentaría aquí.

—No toda —rio Bentley—, pero sí una comisión muy respetable formada por los más acreditados perros de presa de Florida. Durante semanas enteras se removió todo, se investigaron las vidas de todos los habitantes de la comarca, se tomaron centenares de fotos de las villas de veraneo y hasta, en el colmo del absurdo, se sumergieron en el lago unos cuantos hombres-rana por si las muertes las hubiera causado algún extraño animal que pudiera vivir mitad en la tierra mitad en el agua. Ya sé que eso es ridículo, pero la expresión de horror del policía muerto justificaba cualquier cosa.

—¿Y... no averiguaron nada?

—Nada absolutamente. Los perros de presa se fueron como habían venido, con el rabo entre piernas. Tal fue una de las razones de que la Prensa de Florida diera escasa importancia al asunto; fueron los gerifaltes de la policía estatal los que lo exigieron.

Kurt apretó los labios.

Se sentía incómodo y no sabía bien por qué.

—¿A causa de qué me ha explicado todo eso, señor Bentley? —preguntó al cabo de un instante, con un soplo de voz.

—Porque usted me recuerda a aquel muchacho. Porque usted tampoco puede andar bien, como le sucedía a él. Y porque también va a pasear junto a esas casas solitarias durante el invierno. De verdad, me

lo recuerda usted mucho, Kurt Loman...

DOS

Kurt Loman entró en la casa que había alquilado para mientras durase el otoño.

Era una casa de un solo piso, construida con piedra y madera, cuyas paredes blancas se reflejaban en las aguas quietas del lago. Tenía tres habitaciones y un pequeño embarcadero con una barca de remos amarrada a él. Era uno de esos lugares que dan envidia cuando uno los ve fotografiados en el «Holiday», en el «New Yorker» o en otras revistas donde abundan los anuncios para el turismo y para la gente rica.

Sin embargo no fue eso lo que más le agradó a Kurt, sino la sensación de soledad que daba.

Era un lugar tranquilo, quieto, donde podría aporrear la máquina de escribir durante horas y horas, sin que nadie le molestase.

Claro que aquella soledad, durante las horas de la noche, debía adquirir un matiz siniestro, pero él no lo pensó en estos momentos.

Su extraña conversación con Bentley ya estaba casi olvidada. Kurt la atribuyó a manías de un administrador que pasaba solo demasiadas horas.

A la mañana siguiente, después de descansar muy bien durante toda la noche, Kurt tomó su automóvil y se fue a la ciudad.

Su coche no era como los monumentales «Station-Wagon» que surcaban por aquella época todas las carreteras, rumbo al norte. Era un «Ford Falcon» más bien pequeño —en comparación con las dimensiones de los otros coches americanos— y de un modelo ya anticuado. Pero Kurt no podía permitirse ningún coche mejor, y aun este lo estaba pagando a plazos.

En la ciudad había dos «drug-store», los cuales vivían casi exclusivamente de los veraneantes. Pero uno de ellos había cerrado ya.

Silbando una alegre cancioncilla, y deseando olvidar todas sus preocupaciones, Kurt entró en el otro.

—Buenos días.

El dueño le contestó con un gruñido, sin duda porque estaba viendo el poco lujoso coche estacionado ante la puerta.

—Voy a quedarme este otoño aquí —dijo Kurt.

—¿Va a quedarse?

De pronto los ojos del tendero brillaron. Pero no fue con interés, sino más bien mirando a Kurt como un bicho raro o como un loco.

—Sí, voy a quedarme. ¿Tiene eso algo de particular?

—Es que usted no forma parte de la colonia veraniega. No le he visto por aquí mientras ha durado el estío.

—No, desde luego. He venido ahora.

—¿Que... ha venido... ahora?

—¿Tiene eso algo de particular?

—No, a menos que sea usted otro de esos policías que nos hicieron andar de coronilla todo el invierno pasado.

—No soy un policía.

—¿Entonces qué quiere?

Kurt observó que la tienda estaba vacía. Por la calle pasaban a intervalos lujosos coches de veraneantes que también abandonaban la población.

—Quiero saber si podré surtirme aquí durante todo el otoño —dijo

—. Me explicó míster Bentley, el administrador, que ustedes no cerraban la tienda.

—Mis competidores de la otra esquina han cerrado ya.

—De acuerdo, pero ustedes no, por lo visto. Viven aquí, ¿no es cierto?

—Sí. Vivimos aquí todo el año.

Arrancar a aquel tipo las palabras costaba más que extraerlas con sacacorchos. Kurt insistió:

—Entonces podré aprovisionarme de las cosas que me vayan haciendo falta.

—¿Por ejemplo?...

—En primer lugar petróleo. La casa junto al lago está en un lugar muy agreste y no llega hasta allí el tendido de la luz eléctrica.

—No sé si podré garantizarle el servicio. Ahora mismo no tengo aquí más que cinco galones, y si pido algo más no sé cuándo me lo servirán. Esta es una ciudad que queda prácticamente inmovilizada durante el invierno.

Kurt pensó en lo que le había dicho Bentley, pero decidió seguir mostrándose optimista.

—¿Y víveres? ¿Tendrán?

—Todo se nos va acabando poco a poco, y no reponemos hasta la primavera. Ya le he dicho que durante el invierno...

—Sí, ya sé... Está bien, si me quedo aquí ya veo que tendré que soportar bastantes incomodidades. Pero cuando necesite algo y ustedes no lo tengan iré a surtirme a la ciudad vecina. Espero que no les sepa mal.

—¿Por qué había de saberme mal? Está usted en su derecho. Aunque dudo que siga aquí mucho tiempo.

—¿Por qué?

—¿No le habló Bentley?

Kurt se encogió de hombros.

—Dijo muchas tonterías.

—Bien, es usted muy libre de creer lo que le parezca, señor...

—Kurt Loman.

—... es usted libre de creer lo que le parezca, señor Kurt Loman. Pero ya veremos si aguanta mucho tiempo en el lago.

Kurt volvió a encogerse de hombros.

—Póngame los cinco galones de petróleo, ¿quiere?

—No puedo venderle más que uno.

—¿Por qué?

—Otras dos personas van a quedarse este otoño en el lago. Me habían hecho el encargo antes que usted. He de servirles.

—¿Otras dos personas? ¿Quiénes son?

El tendero señaló con el mentón hacia la puerta.

—Mire.

Como si hubiera sido una señal, dos personas entraban en aquel momento en la tienda. Por supuesto, eran dos personas de las que ya necesitan la tranquilidad más que cualquier otra cosa en la vida, y la tranquilidad no faltaría en otoño por aquellos parajes. Eran dos viejos de unos sesenta años cada uno; altos, secos, erguidos, un poco espectrales, se les hubiera podido tomar por hermanos, pero según se enteró Kurt enseguida, eran marido y mujer.

El tendero los saludó con bastante indiferencia.

—¿Cómo es que van a quedarse ustedes este otoño?

—El verano nos ha sentado muy bien. Y nos da pereza volver ahora a la niebla y el frío de Boston.

—Pero ya saben que esto tiene un aspecto muy distinto, a partir del mes de setiembre.

—Nos lo imaginamos.

—Ustedes nunca se habían quedado aquí. Eran de los primeros en marchar, cuando las aguas del lago empezaban a estar frías.

—Sí, desde luego, pero ya le hemos dicho que este año nos da pereza volver a Boston. Usted no puede imaginarse lo que es aquello.

—¿Y sus obligaciones? —gruñó el tendero rencorosamente—. ¿Es que usted no tiene que trabajar, señor Koster?

—Por fortuna me jubilé el año pasado. Cobro un pequeño retiro y puedo disponer de mi tiempo según me plazca.

—Es usted muy joven para estar jubilado, señor Koster.

Diríase que al tendero le molestaba que alguien se quedase allí. Las palabras dirigidas al matrimonio eran claramente rencorosas.

—Tengo sesenta años. En las imprentas solemos retirarnos a esa edad.

—Pero no les darán mucho dinero...

—Mi hijo me ayuda —explicó el señor Koster, quien no parecía darse cuenta del tono con que le hablaban.

—Ya... —al fin el tendero pareció darse por vencido—. De modo que van a quedarse aquí todo el otoño...

—Seguramente.

—¿Y qué quieren ahora?

—Recoger los galones de petróleo de que le hablamos por teléfono.

—Yo sé los prepararé. Si quieren algo más díganlo ahora, porque no sé si más adelante tendré género.

—En este momento aún conservamos algunas provisiones. Pero puede prepararnos cinco latas de carne envasada y otras tantas de pescado. ¡Ah! Y dos quilos de manteca y café.

El tendero ordenó a un dependiente que preparase lo pedido, y mientras tanto sacó él mismo una lata donde cabía un galón de petróleo, la cual tendió a Kurt.

—Es un dólar.

Kurt pagó. Mientras tanto, el viejo decía:

—¿Recogerá usted el correo, señor Simpson? Ya sabe que normalmente no lo traen hasta las villas del lago.

—No puedo garantizarle nada, señor Koster. Algunos días cerraré. Si viene alguna carta certificada o algún giro postal y se devuelve, yo no tendré la culpa.

Añadió suavemente:

—Todo esto le ocurre por quedarse aquí afuera de temporada.

—Sí, ya veo que esto cambia bastante al terminar el verano —dijo Koster pesarosamente.

—No lo sabe usted bien.

Kurt, con su lata de petróleo colgando de la mano izquierda, fue hacia la puerta.

Vio que los dos viejos empleaban un «Chevrolet» de modelo muy anticuado, casi tan anticuado como ellos. Lo habían estacionado inmediatamente detrás de su «Falcon», ante la puerta.

Fue a un puesto de periódicos y adquirió unas revistas. Preguntó si podía hacer un abono para la temporada de otoño.

—No, señor. Este puesto cerrará dentro de unos días. Al acabar el verano, se esfuma la clientela.

—¿Y no podría recibir las revistas por correo?

—Depende de donde usted viva.

—Tengo una casa alquilada junto al lago.

—¿Para el otoño?

—Pues... sí.

El vendedor de periódicos le miró como si estuviese ante un loco. Pero, además de asombro, su mirada reflejaba una falta de simpatía manifiesta.

—No le conviene —dijo.

—¿Por qué?

—En cuanto acaba el verano, aquella zona se transforma en lo más desolado que pueda imaginar. Cambia mucho.

—Sí, ya me he enterado de eso.

—No podrá recibir por correo revistas ni periódicos, puesto que generalmente los carteros no van hasta allí.

—Lo siento.

—¿Y a pesar de eso va a quedarse junto al lago?

—Intentaré soportarlo. Necesito soledad, ¿sabe? Mucha soledad. Y ahora perdone que le deje. Muchas gracias.

El vendedor dijo con voz suave:

—No le conozco, pero le he hablado por su bien, solo por su bien.

—Otra vez gracias.

Se dirigió hacia la salida de la ciudad, conduciendo a poca velocidad por la carretera vecinal. Casi todos los automóviles venían en dirección contraria, es decir se alejaban de la zona de veraneo. En cuestión de horas todo cambiaba de perspectiva, de aspecto. La soledad se iba adueñando velozmente de una zona donde solo se oiría muy pronto el susurro del viento entre las hojas y el chillido lejano de las gaviotas.

Pero Kurt no quería pensar en eso; no quería creer en tonterías.

Se encerró en su nueva casa y se puso a trabajar.

Durante dos días no sucedió absolutamente nada. Fue al tercero cuando empezaron a cambiar las cosas.

TRES

Kurt hizo un gesto de cansancio.

Le dolía la nuca después de estar tantas horas inclinado ante la máquina, rehaciendo varias veces lo escrito, y empezaba a necesitar urgentemente un poco de descanso. Además la novela no le estaba saliendo bien, por lo que había empezado a invadirle el desánimo.

Se puso en pie, encendió un cigarrillo y miró por la ventana.

Eran las doce de la noche; todo estaba en silencio, y las tinieblas envolvían el paisaje a excepción de las aguas del lago, donde rielaba quietamente la luz de la luna.

La soledad era absoluta.

No hacía frío, pero todo el mundo se había marchado ya. Fuera de los Koster, que eran jubilados, los veraneantes tenían que ganarse el sustento en sus monótonas ocupaciones de casi todo el año, en las ciudades del norte. Las casas contiguas al lago estaban vacías. Casi todas eran blancas y se las veía destacar nítidamente en la noche, bajo la luz de la luna.

Kurt miró las aguas.

Era casi un hechizo, una llamada lo que se desprendía de la superficie del lago, que parecía atraerle poderosamente.

Como si el lago tuviera voz.

Kurt movió la cabeza con un gesto negativo e intentó sustraerse a aquel hechizo. Sabía bien que, en la soledad, uno siente llamadas raras, atracciones extrañas por parte de los objetos inanimados. Pero, pese a ello, calculó que le haría bien dar un paseo en la barca de remos por las quietas aguas del lago. Eso le calmaría los nervios excitados por tantas horas de trabajo.

No lo pensó más. Fue al embarcadero, desató la barca y se puso a remar cadenciosamente hacia el centro del lago.

El silencio era absoluto. Solo el palear de los remos se oía en la quietud de las aguas.

Y de pronto Kurt escuchó aquello.

Aquel alarido inhumano, terrible, que parecía brotar de las mismas entrañas de la tierra.

CUATRO

No era un alarido de horror, sino de triunfo. Era como el grito de una bestia salvaje que se encuentra libre después de muchas semanas de encierro. Era como la voz de un ser satánico... ¡que estaba dispuesto a matar!

Kurt dejó los remos y contuvo la respiración, mientras escuchaba atentamente. Pero el grito no se repitió. Otra vez el silencio volvió a imperar en torno al lago, cuyas aguas estaban quietas como la superficie de un espejo.

Con todos los nervios en tensión, Kurt trató de identificar el lugar de donde había partido aquel alarido inhumano.

Mientras se sentía invadido por el estupor, se dio cuenta de que no podía precisar exactamente el sitio. Porque el grito parecía haber brotado de las entrañas de la tierra, pero también del fondo de las quietas aguas.

De todos modos Kurt empezó a remar en una determinada dirección. No quería perder tiempo.

Todo lo que le había dicho Bentley volvía a pesar ahora sobre su memoria, y quería saber lo que había de cierto en aquellos inexplicables hechos.

Pero mientras remaba hacia la ribera, algo más sucedió.

Kurt llegó a tiempo de ver un breve fogonazo en la orilla, e instantáneamente, guiado por un movimiento reflejo, agachó la cabeza. La bala pasó silbando entre sus cabellos, segando algunos de ellos y arrancando materialmente partículas de la piel de su cráneo.

No lo pensó más.

Supo que el disparo se repetiría, y que esta vez su misterioso enemigo tiraría más al bulto, sin pretender alcanzarle en la cabeza. Las maderas de la barca eran una protección demasiado débil, de modo que se lanzó de cabeza al agua justo en el instante en que sonaba el segundo disparo.

Esta vez la bala pasó alta, mientras Kurt era engullido por la oscuridad impenetrable del fondo de las aguas.

Durante un largo minuto se mantuvo bajo la superficie, sabiendo que su única defensa consistía en permanecer invisible. Pero mientras tanto iba nadando hacia la orilla, desviándose unos treinta grados del lugar de donde habían partido los fogonazos.

Emergió unos instantes para respirar, y vio que aún estaba en la zona bañada por la luz de la luna. Su misterioso enemigo disparó por tercera vez, pero contra la barca, suponiendo que él se habría quedado

flotando en las cercanías.

Silenciosamente, Kurt volvió a sumergirse.

Nadó vigorosamente durante otro minuto, hasta que no vio ningún reflejo en la superficie de las aguas, sobre su cabeza. Sin duda estaba ya en la zona cubierta por la sombra de los árboles de la orilla. Volvió a emerger, respirando ansiosamente y vio que, en efecto, estaba en un lugar donde las tinieblas eran casi impenetrables.

Su enemigo no podía distinguirlo. Por tanto nadó hasta la orilla, pero con mucha precaución para no levantar ni una salpicadura de agua.

Al tocar tierra con los pies, avanzó encogido hasta perderse entre los matorrales.

Tomando como referencia un copudo eucalipto, calculó el lugar desde donde le habían disparado. Se apostó en las cercanías y estuvo al acecho durante cinco largos minutos, conteniendo casi la respiración, para tratar de distinguir el menor movimiento entre los matorrales. Pero aquel movimiento no se produjo.

Su enemigo, quienquiera que fuese, había ahuecado el ala.

Kurt avanzó de nuevo, pero extremando las precauciones puesto que iba desarmado. Además tenía que avanzar con bastante lentitud, porque su pierna lesionada se negaba a obedecerle.

Llegó hasta el lugar exacto desde donde calculaba que le habían disparado. Nadie estaba allí.

La soledad y el silencio eran tan absolutos como cuando él tomó la barca y empezó a remar hacia el centro del lago.

Iba a alejarse de allí cuando vio unos pequeños objetos metálicos brillando entre el lodo de la orilla. Eran tres cápsulas pertenecientes a sendas balas de siete milímetros de calibre, y que seguramente correspondían a un fusil militar. Le habían disparado a corta distancia y nada menos que con un arma de guerra. Si la primera bala llega a ir un poco más abajo, le vuela la cabeza.

Recogió las tres cápsulas y comprobó que aún olían. Eran, sin duda, las disparadas contra él unos momentos antes.

Como calculó que alguien habría oído los disparos y avisaría a la policía, se dio cuenta de que no le convenía permanecer allí. Tampoco era lógico que dejase la barca al garete en mitad de las aguas del lago. Era una referencia demasiado clara, dirigida contra sí mismo.

Por eso volvió a arrojarle al agua y nadó con suavidad, hasta retornar a la barca.

Durante varios minutos permaneció a merced de su extraño enemigo, nadando sobre las aguas iluminadas por la luna, pero nadie volvió a disparar contra él. Pudo tomar los remos y, manejándolos vigorosamente, llegar de nuevo al embarcadero de su casa.

Fue allí donde le aguardaba una sorpresa.

Una sorpresa como nunca hubiera llegado a soñar.

★ ★ ★

El bulto blanco flotaba entre dos aguas, muy cerca del embarcadero, pero él no llegó a verlo hasta haber amarrado la barca, cuando ya se inclinaba para terminar el último nudo en la cuerda.

Kurt lanzó un respingo, y de repente sintió que pasaba una corriente de aire frío por su columna vertebral.

Era un cadáver, de eso no cabía duda. El cadáver de una mujer.

Regresó precipitadamente al interior de la casa y buscó entre los utensilios que creía haber visto en la planta baja. Uno de ellos era un largo bichero, con el cual podía recogerse cualquier objeto flotante. Lo tomó, regresó al embarcadero y hundió en las aguas el palo terminado por un fuerte garfio.

Con una siniestra facilidad, el garfio se hundió en los vestidos de la mujer, manteniéndola fuertemente sujeta.

Kurt tiró del bulto. El cuerpo pesaba mucho, pero él era fuerte y además se apoyaba sólidamente en la pierna sana. Logró extraerlo en parte, hasta ayudarse con una mano.

Cuando vio de qué se trataba, sus labios dibujaron una mueca.

Era el cadáver de una muchacha.

¡El cadáver de una muchacha a la que habían seccionado la yugular!

★ ★ ★

Dado lo profundo del corte, y después de una permanencia de más de media hora en el agua, no era extraño que en el cadáver no quedase una gota de sangre.

Kurt la depositó sobre las tablas del embarcadero, mientras una profunda arruga vertical nacía en su frente.

No era la muchacha la que había lanzado aquel grito inhumano que él captó cuando se hallaba en el centro del lago. El rostro femenino ni siquiera reflejaba horror; la salvaje agresión debió producirse por la espalda, o quizá con tanta rapidez que la muchacha no pudo darse verdadera cuenta de lo que sucedía. El tajo había sido profundo y certero, y sin duda causado con un cuchillo de grandes dimensiones. Las ropas de la muchacha no presentaban más desorden que el causado por las aguas.

Kurt tragó saliva con dificultad.

Luego el asesino le había tiroteado a él. ¿Pero por qué? ¿Acaso no se daba cuenta de que él no había podido ver nada?

Llevándose la mano a la frente, que empezaba a arderle, el joven decidió no pensar más.

Dejó el cuerpo como estaba, tendido sobre las tablas, y fue a pie en busca de la policía.

★ ★ ★

El jefe local resultó ser un tipo gordo y mofletudo llamado Moss, quien estaba suscrito a todas las revistas atrevidas que se publicaban en los Estados Unidos. Entendía más de ropa interior femenina que un vendedor de ajuares para novia.

Recibió de uñas a Kurt, porque precisamente cuando este llegó estaba leyendo una de aquellas revistas.

—Iba a acostarme —gruñó—. ¿Qué quiere?

Luego se fijó mejor en él.

—¿Y qué hace ahí, mojado como una sopa? ¿Es que está borracho?

—He venido a hablarle de un crimen.

—¿Un qué...?

—Un crimen. Han degollado a una muchacha cerca de la casa que yo tengo alquilada para este otoño.

El poli soltó la revista.

—Cuerno, nada menos que una muchacha, con lo escasas que van en cuanto termina el verano. Hala, acompáñeme.

Subieron al coche patrullero que aguardaba ante la puerta. Un agente medio dormido los condujo al embarcadero. Una vez allí, los dos hombres se detuvieron ante el cadáver.

Moss estaba atónito.

A pesar de la fresca brisa del anochecer, unas gotas de sudor habían empezado a rodar por su rostro grasiento.

—¿Conocía usted a esta chica? —preguntó Kurt.

—No. Es forastera.

De pronto Moss alzó el rostro.

—Usted también lo es. ¿Cómo ha aparecido esta muchacha junto a su embarcadero?

—No lo sé. Sé tanto como usted. La he visto al llegar aquí.

—¿Luego no estaba en su casa?

—No. Había ido a dar una vuelta por el lago, con la barca.

—Antes me ha parecido oír disparos —dijo Moss, mirándole fijamente—, pero he tenido la sensación de que oía mal. Los disparos son por aquí una cosa absurda. ¿Usted ha oído algo, señor Kurt Loman?

—Si. Y hasta le diré algo más. Los disparos los han hecho contra mi cabeza. Aquí tiene las cápsulas.

Las mostró al jefe de policía, quien las tomó con expresión negligente. Las olisqueó para comprobar si estaban recién disparadas, pero Kurt se había introducido en el agua con ellas. Ya no olían a nada.

—Las haré examinar en el laboratorio —dijo—. Ya veremos si lo que explica es verdad.

—¿Qué van a hacer con la chica?

—Llevarla al cementerio, para la autopsia. Pero le explicaré también lo que vamos a hacer con usted, señor Kurt Loman.

—¿Qué?

—Detenerlo. Es el primer sospechoso que tenemos a mano. El cadáver ha aparecido junto a su casa, y usted no puede justificar su tiempo supongo. De modo que tendrá que dar cuenta de todo esto ante el juez. ¿Quiere que le defienda un abogado?

—¿No es bastante prueba de buena fe el que yo mismo haya dado cuenta del hallazgo del cadáver? —masculló Kurt.

—Puede ser una aña gaza. Vamos, acompáñeme.

Kurt no opuso resistencia. Se encogió de hombros.

Al fin y al cabo era natural que en principio sospecharan de él, pero eso no duraría demasiado tiempo. Cuando los técnicos en huellas examinaran el cadáver, se darían cuenta de que él no era culpable. ¿O quizá sí? ¿Qué huellas podían aparecer en un cadáver que había estado bajo el agua?

Pasó la noche en una de las dos celdas de la cárcel local, y a la mañana siguiente fue interrogado por el juez. Después de aquello obtuvo provisionalmente la libertad, a cambio de su promesa de no moverse de aquella jurisdicción.

Kurt lo prometió.

¡Claro que no iba a irse!

Ahora tenía motivos serios, muy graves para quedarse junto a las aguas del lago.

Tan serios y tan graves como la propia muerte.

En la tienda de comestibles encontró de nuevo a los Koster. Definitivamente ya todos los veraneantes se habían marchado, y la ciudad tenía un aspecto vacío, triste y gris. Los Koster y él parecían ser los únicos forasteros en aquella larga hilera de casas silenciosas y de tiendas cerradas. Hasta el vendedor de periódicos había dejado de acudir aquella mañana a su puesto, en vista de la escasa clientela.

El viejo Koster estaba diciendo:

—Una de las lámparas de petróleo se nos ha estropeado. ¿No tiene otra de recambio?

—No, no hay nada.

—Siempre han tenido.

—Pero este verano hemos agotado todas las existencias.

El viejo Koster suplicó:

—Tendrá entonces un farol de pilas. Siempre los he visto aquí. Tenía algunos muy bonitos.

—Pero los devolví por invendibles al terminar la temporada. No tengo nada ahora, créame. Ya le advertí que no se quedase una vez terminado el verano. Esto cambia mucho.

El viejo suspiró, desanimado.

—Sí, ya lo veo. Esto se transforma en una especie de selva vacía. Parece como si la civilización hubiera quedado muy lejos.

—Pero aún está a tiempo de marcharse, señor Koster.

Kurt, que escuchaba todo aquello desde la puerta, avanzó hacia el interior con las manos en los bolsillos, y miró al dueño.

—¿Qué interés tiene usted en que todo el mundo se largue de aquí, amigo?

El tendero parpadeó.

—¿Yo? Ninguno.

—Pues parece como si quisiera echar a la gente de aquí. ¿Con qué objeto?

—¿Por qué cree que voy a tener interés en que la gente se vaya? Al contrario, la gente es mi negocio. Lo que ocurre es que yo compro género pensando en el verano, y al acabar la temporada lo devuelvo. ¿Qué quiere? ¿Qué compre ahora cosas que a lo peor estarán pasadas de moda dentro de seis meses? ¿Quiere que haga eso solo por complacer a tres personas que han decidido no volver a su casa en invierno?

Kurt se encogió de hombros.

Siempre había intentado ser un hombre razonable, y se daba cuenta de que el tendero, a su modo, tenía algunos motivos para obrar así.

Miró a los dos viejos.

Estos aparecían encogidos y quietos en un rincón de la tienda, aunque no podía decirse que fueran dos personas débiles, ni mucho menos. Incluso daban la sensación de atesorar incalculables energías en sus organismos bien cuidados. Pero ahora se encogían tímidamente, como si tuvieran la sensación de estar acorralados.

—Yo puedo darles un farol —dijo Kurt suavemente—. Me sobra; se lo llevaré esta misma noche.

—Muchas gracias, señor... señor...

—Kurt Loman.

—Muchas gracias, señor Kurt Loman. Por cierto, nuestra casa está a unos trescientos metros de la suya, siguiendo la línea del lago.

—¿Cómo saben cuál es mi casa?

—No tenemos en todo el día nada que hacer, excepto curiosear con nuestros prismáticos. Le vimos mientras paseaba por el embarcadero al caer la tarde.

—¿Y por la noche? ¿Me vieron por la noche?

Los dos viejos se sobresaltaron.

—No. Ya estábamos dormidos. Por la noche no vimos ni oímos nada.

Kurt les miró intensamente, fijamente, casi con dolor. Le hubiera sido muy favorable el testimonio de aquellos dos seres, pero se daba cuenta de que estaban atemorizados y no les sacaría una palabra. Era inútil insistir.

El tendero pareció adivinar sus pensamientos, porque dijo burlonamente:

—Ya sé lo que le ocurre. Usted necesita un testigo, ¿no?

—¿Y qué, si lo necesito?

—Pregunte al hijo de los señores Koster.

—¿El hijo de los señores Koster? ¿Dónde está? El tendero lanzó una carcajada.

—Murió hace tres años, pero puede hablarle igualmente. Ellos le explicarán...

CINCO

Mientras rodaban a poca velocidad por la carretera comarcal, en el coche del joven —pues los Koster habían dejado el suyo en la estación de engrase, prometiendo ir a buscarlo al día siguiente— el día pareció hacerse más gris, más pesado y más triste.

Kurt dijo:

—¿Creen que les tendrán su coche listo mañana?

—No lo sé, no estoy seguro de nada —musitó el viejo Koster—. Ya ha oído lo que decían en la estación de servicio: Después del verano está todo cerrado, no atienden a nadie. Normalmente un coche lo engrasan y lo petrolean en media hora, pero esta vez ni han querido atenderme. El dueño ha dicho que no sabe si habrá terminado el trabajo mañana. Que está solo y que ya tiene bastante con atender la gasolinera.

Kurt dijo pensativamente:

—Yo aseguraría que en esta pequeña ciudad hay algunas personas que tienen un extremado interés en que esto quede vacío.

—¿Qué quiere decir?

Kurt tomó con suavidad una curva.

—Sí, ya me doy cuenta de que eso no tiene sentido, pero es una impresión cada vez más viva, algo que se afince en mi cerebro más y más, a medida que el tiempo transcurre.

—La gente de aquí vive en gran parte de los veraneantes —dijo la señora Koster.

Kurt se volvió a mirarla.

Piel apergaminada, pero tensa, ojos duros y profundos y una extraña sensación de vigor bajo las ropas de vieja.

No se sabía bien por qué, aquella mujer dejaba una sensación inquietante y profunda.

Kurt no quiso pensar en eso.

Añadió, mientras aceleraba un poco más el coche:

—Cierto, viven de los veraneantes, pero, llegado un cierto momento, los veraneantes molestan.

—¿Por qué?

—Eso es lo que no acierto a explicarme. No tiene sentido, pero adivino que es así.

—¿Y qué personas de esta ciudad podrían tener interés en quedarse a solas? —inquirió el viejo Koster.

—No lo sé... Ya le digo que me dejo guiar por mis pensamientos, aun sabiendo que estos no tienen lógica. Pero tengo la sensación de que

los primeros interesados son el tendero con el que hablaban hace unos momentos y el dueño de la gasolinera.

—Pero eso significaría —dijo suavemente el viejo Koster— que una buena parte de la población está de acuerdo en ello, que hay bastante gente que lo sabe, puesto que el clima de hostilidad hacia nosotros es general. *Que una gran parte de la población es cómplice de algo.* Y usted ya sabe que ello resulta prácticamente imposible, señor Loman.

—Lo sé.

Pero el ceño de Kurt seguía fruncido, y sus labios seguían apretados, indicando que los pensamientos a pesar de ello, no dejaban de atormentarle.

Sobre todo había uno, un pensamiento que daba vueltas en torno a su cráneo como una mosca envenenada, y al que no conseguía alejar de su mente por más esfuerzos que hacía.

Al fin susurró:

—¿Por qué ha dicho antes el tendero que preguntara a su hijo, señor Koster?

Notó que el hombre se estremecía, pero fue un estremecimiento casi imperceptible, rápido como un calambre.

—¿Mi hijo? No he oído nada.

—Ha dicho además que estaba muerto —añadió Kurt, soltando ahora todo lo que sentía—. Precisamente por ello la frase no tiene lógica.

Los dos viejos guardaron obstinado silencio.

Se les notaba tensos, alarmados, tirantes, y sus ojos miraban con recelo la cinta gris de la carretera. Kurt comprendió que no les sacaría nada, ni una palabra más, y dejó de hacer preguntas.

Pero al cabo de unos instantes fue el viejo Koster el que murmuró:

—A nadie le gusta hablar de los hijos muertos, señor Loman. Debe comprenderlo.

—Claro que lo comprendo. ¿Pero, por tanto, ustedes tenían un hijo que murió?

—Sí.

—¿Por qué ha dicho el tendero entonces esa frase tan estúpida de que yo podía ponerme en contacto con él?

—No sé; a mí hijo ni siquiera lo habían visto jamás por esta ciudad.

—Sin embargo es extraño...

—Todo eso viene de que nosotros hablamos de Peter con frecuencia —porque nuestro hijo se llamaba Peter— igual que si aún estuviera vivo. Pero eso es natural en los padres, ¿no es cierto? No es justo que en la ciudad se rían de nosotros por eso.

Kurt apretó los labios.

Claro que no, no era justo.

Una brusca simpatía hacia los dos viejos se apoderó de él al darse

cuenta de la simplicidad y al mismo tiempo de la magnitud de su tragedia. La frase burlona del tendero volvió a herir sus oídos. Si en aquel momento lo hubiese tenido delante, no habría podido resistir la tentación de arrancarle una ceja con un «jab» de izquierda.

Pero no lo tenía delante. Era mejor dejar de pensar.

Bruscamente la ciudad se le hizo antipática, intolerable casi. Se preguntó si sería capaz de resistir allí todo el otoño.

La voz del viejo le sacó de sus abstracciones.

—Aquella casa es, señor Loman.

Kurt frenó. La casa era blanca, como casi todas, y parecía limpia, pero era de las más antiguas. Las ventanas estaban cerradas, los sillones del porche eran viejos y parecían haber sido usados por hombres pertenecientes a varias generaciones atrás. Una suave neblina gris-azul se extendía por entre los helechos del jardín, que llegaban mansamente hasta la orilla del lago.

También había allí un embarcadero de tablas y una barca con dos remos y una raquílica vela. Él graznido de las aves marinas se oía lejano, pero insistentemente.

La sensación de tristeza penetraba en uno casi como una cosa física, como un soplo de aire venenoso. Kurt se dijo que, en efecto, el otoño tenía allí pocos atractivos. Pero siguió preguntándose por qué algunas personas de la ciudad tenían tanto interés en que aquello quedase solo.

Cerca de la casa, rematando un poste pintado de colores, había un buzón. Una carta a medio introducir, escrita en papel fino de correo aéreo, asomaba por la boca de este.

—Es extraño que el cartero haya venido hasta aquí —musitó el viejo Koster—. Normalmente no lo hace nunca.

En aquel instante una brusca ráfaga de viento hizo que la carta asomase todavía más por la boca del buzón. Brincó de pronto como un pajarillo asustado y saltó hacia los helechos. El viejo Koster hizo ademán de recuperarla, pero Kurt era más ágil, a pesar de su pierna lesionada, y la recuperó antes.

Se la tendió al viejo, mientras sus ojos volaban durante unas facciones de segundo hacia la dirección del remitente, escrita con claridad al dorso del sobre.

Pudo leer claramente:

PETER KOSTER

Debía ser el hijo del que habían hablado, *el hijo muerto*.

Pero Kurt no llegó a ver la dirección.

Y no hizo ningún comentario tampoco.

Conducía a escasa velocidad hacia su casa, situada apenas a doscientos metros, en tanto un huracán de pensamientos rugía y rugía en el interior de su cráneo.

¿Qué significaba aquel nombre en la carta recibida por los Koster? ¿Qué había detrás de los disparos que le hicieron por la noche? ¿Y de la chica muerta? ¿Y de la extraña actitud de toda la ciudad, de donde parecían querer arrojarles?

No entendía nada, absolutamente nada, pero algo le decía que no debía moverse de allí.

Detuvo el coche con suavidad, en la senda enarenada, y fue entonces cuando sufrió un respingo al verla.

Porque ella estaba allí.

Ella, la chica muerta.

Los ojos de Kurt se convirtieron en dos pequeñas rendijas mientras la miraba fijamente, mientras intentaba recordar cómo la había visto muerta y calibraba cómo la veía ahora, sentada en la *chaise-longue* del jardín, con las piernas cruzadas y mostrando algo más que la mitad de los bonitos muslos, enfundados en finas medias. Siguió el movimiento suave de su brazo derecho mientras llevaba un cigarrillo a los labios, y casi se extasió ante la lenta bocanada de humo que partía de aquella boca fina, sensitiva y pulposa.

Descendió a tierra. No estaba asustado ante aquella «resurrección», porque nadie se asusta cuando le enseñan unas piernas de campeonato con la gracia de una maniquí anunciadora de medias. Pero sus ojos seguían siendo como dos rendijas cuando se aproximó a la muchacha.

De pronto se dio cuenta.

La muerte cambia de tal modo las facciones de una mujer que la idea que se tiene de ellas resulta imprecisa al cabo de muy poco tiempo. Ahora comprendía que la mujer que estaba ante sus ojos no era la muerta de la noche anterior, sino alguien que se le parecía extraordinariamente, y además vestida de manera muy similar. ¿Su hermana tal vez?

—Hola...

Su voz era suave, cantarina y limpia. La voz que uno imagina ha de tener la mujer dispuesta a decir que sí a todo lo que uno le pida.

Kurt gruñó:

—Hola.

A pesar de que la exhibición era ya en cinemascopio, la mujer no varió un ápice la posición de sus piernas.

—¿Tú eres el dueño de esta casa? —preguntó.

—El inquilino solamente.

—Algo de eso me han dicho ya.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—La hermana de Kitty.

—Kitty es la muerta, ¿no?

—Exacto.

A pesar de que el tema de la conversación era lúgubre, casi demoledor, ni las facciones ni la postura de la muchacha se habían alterado. Kurt repitió con suavidad:

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Me llamo Helda.

—¿Qué haces aquí?

Ella extendió ahora las piernas, haciendo que la exhibición resultara mucho más fina, más discreta.

—Vivo en Tampa, en este mismo Estado —explicó lentamente—, y he sabido hace poco lo de la muerte de mi hermana. También me han dicho que el palomo que mejor enterado estaba de todo eras tú.

—Te habrán dicho, más exactamente, que yo soy el sospechoso número uno, ¿no es eso?

—Algo así.

—¿Y qué quieres?

La muchacha se irguió un poco. Sus ojos brillaron de un modo especial, distinto. Kurt se dio cuenta instintivamente de que ella no era la muñeca de placer que parecía en el primer instante, sino algo mucho más profundo, más inquietante. Más peligroso tal vez.

—Quiero averiguar todo lo que se refiere a mí hermana —dijo lentamente ella—; todo, hasta la última letra. Quiero averiguar quién la mató, por qué y cómo. Quiero vengar su muerte, en una palabra. Y si el asesino fueras tú lo sentiría por tu piel, Kurt Loman.

Kurt se estremeció un momento.

Palpitaba tal tono de amenaza en la voz de Helda, tan profundo y oculto rencor, que aquellas palabras llegaron hasta el fondo de los nervios de Kurt Loman.

Pero fue solo un momento.

Luego lanzó una carcajada amarga, a pesar de que se daba cuenta de lo macabro de la situación.

—Yo también quiero averiguar quién es el asesino —dijo a continuación, al serenarse.

—Espero que lo consigas pronto... por tu propio bien.

Kurt se sentó en el suelo, cerca de ella. A pesar de tener Helda las piernas extendidas, la vista volvió a ser interesante.

—¿Quién te ha dado tantas noticias acerca de mí?

—Un policía llamado Moss. Parece que aquí es el jefe. Además, la ciudad está llena de rumores. Se entera una de las cosas aunque no quiera.

—¿No han pretendido echarte?

—¿Qué quieres decir?

—Parece que a algunos habitantes de aquí no les gusta que después del verano quede gente extraña.

La muchacha soltó el cigarrillo que aún seguía aprisionando en sus pulposos labios.

—Ahora que hablas de eso, me han preguntado cuánto tiempo pensaba quedarme aquí.

—¿Y qué has respondido?

—Que no me marcharía hasta averiguar quién asesinó a mi hermana.

—¿Por tanto saben en la ciudad que vas a permanecer aquí durante un tiempo tal vez largo?

—Sí. ¿Por qué?

Kurt se encogió de hombros. En realidad no lo sabía. No hubiera podido explicarse tampoco. Pero era una sensación imprecisa, inquietante, la que recorría sus nervios.

—No sé. Temo por ti.

—Esa es cuestión mía —dijo rudamente Helda—. Ya has debido ver que no tengo miedo a nada, puesto que estoy sola aquí aun sabiendo que eres el sospechoso número uno, según los apuntes de Moss.

Kurt no contestó a aquello. Cambió, por el contrario, de conversación. Miró a Helda, mientras intentaba que en sus ojos volviera a retratarse la imagen de la muerta.

—¿Tú y Ketty erais gemelas? —preguntó.

—No, pero nos llevábamos solo un año de edad, y además siempre nos parecimos mucho. De pequeñas, nuestra madre nos vestía siempre con las mismas ropas, y luego conservamos en parte la costumbre casi sin darnos cuenta. Al primer golpe de vista nos confundía mucha gente.

—Eso es lo que me ha ocurrido a mí —reconoció Kurt—. ¿En qué sitio vas a vivir?

—En un hotel de la ciudad. Ahora hay por todas partes habitaciones vacías, según parece.

Kurt dijo maquinalmente:

—Sí, claro.

Pero pensaba en otra cosa. Pensaba que ninguno de aquellos hoteles querría admitir como huésped a la muchacha, para que no se quedase en la ciudad. Y deseaba en su interior que ella hiciese la prueba cuanto antes, para averiguarlo.

—¿Qué era tu hermana? —preguntó al cabo de unos segundos—. ¿Qué hacía en su vida normal? ¿Salía con hombres, por ejemplo?

—Nos veíamos con muy poca frecuencia, pero me parece que tenía un amigo. Tal vez eran novios ya. Lo extraño es que él no haya venido también, si sabe lo de la muerte.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Kurt, sin dar importancia a la frase.

Y ella contestó con un soplo de voz:

—Creo que se llamaba Peter. Peter Koster.

SEIS

Kurt preparó dos altos vasos de *whisky*. Lo puso casi puro, a pesar de que no solía beber.

Pero esta vez lo necesitaba.

Salió del edificio y tendió uno de los vasos a la muchacha, que seguía nostálgicamente reclinada en la *chaise-longue*.

—Toma, bebe —susurró.

—¿Por qué me invitas? ¿Es que te he caído simpática?

—Quiero que estés bien entonada cuando me digas cómo era Peter Koster.

—¿Por qué?

Kurt resolvió ser sincero. No sabía quién era amigo y quién enemigo, y mucho menos sabía aún en qué terreno le convenía situarse, pero pensó que de nada le iba a servir añadir misterios a los misterios. Por eso dijo la verdad.

—Ese tipo, Peter Koster, murió hace dos años —susurró.

Ella lanzó una carcajada. Fue una carcajada clara, argentina, que tuvo la virtud de hacer palpar aún más las curvas de su cuerpo.

Sin embargo aquella carcajada no era alegre, sino que más bien la muchacha intentaba ocultar su turbación con ella.

—No me diga que murió hace dos años —pidió cuando le fue posible—. Yo le vi una vez. Le vi una sola vez con mi hermana Ketty, pero no tenía el aspecto de un muerto. Era, por el contrario, un joven muy agradable. Alto, moreno, deportivo pero con un aspecto más bien tímido. Quiero decir de esos que se asustan ante unas buenas piernas. Se mostró muy educado y muy amable; creo que tomamos juntos un mejunje en un sitio donde actuaban unos músicos de esos de melena larga. No lo recuerdo bien.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? No hará más de dos años, claro.

—No, no... Quizá unos seis meses.

Kurt bebió un largo sorbo de *whisky*, mientras sus ojos se enturbiaban.

Helda no parecía tener ningún motivo especial para mentirle, y por tanto era de suponer decía la verdad. Además, sus palabras concordaban con lo que él había visto en casa de los Koster. Los viejos acababan de recibir una carta de su hijo, el que ellos mismos decían que había muerto.

¿Por qué? ¿Qué historia tenebrosa se ocultaba tras aquella situación que él era incapaz de comprender?

De pronto volvió los ojos hacia la muchacha.

Esta le contemplaba fijamente, acariciando con sus labios el borde del vaso de *whisky*.

—¿En qué piensas?

—En lo que me acabas de decir. Tenía noticias de que Peter Koster estaba muerto, insisto en ello.

—Pues ya ves que no. O al menos no lo estaba hace seis meses.

—Sí, ya me doy cuenta. A no ser que...

Se detuvo. Ella le miró intrigada.

—¿Qué...? —balbució.

—No, no voy a ponerme a creer ahora en la transmigración de las almas —murmuró Kurt pensativamente—. Pero hay gente que tiene ideas raras sobre esas cosas, y los Koster podían ser así. Quizá ellos han llegado a pensar que el espíritu de su hijo muerto estaba en otro hombre.

—Muy bien. Ellos podrían pensar lo que les viniera en gana, pero no por ello aquel joven se daría a sí mismo el nombre de Peter Koster.

Kurt sonrió levemente.

—Tienes mucha razón. Y lo que se me ocurre es aún mucho más siniestro —musitó.

—¿Qué es?...

—Que ese joven creyera estar poseído por el espíritu de Peter Koster. Que el espíritu del muerto se hubiera adueñado por completo de él.

Helda lanzó otra carcajada.

—No digas tonterías —pidió.

—Todo en este mundo es tontería y nada lo es, según como se mire.

—Peter Koster, o sea el joven a quién conocí junto a Ketty, no parecía poseído por ningún espíritu. No era un chico alegre, desde luego, pero puedo jurarte que no tenía más preocupación que sus estudios.

—¿Qué estudiaba?

—Arquitectura. Quería especializarse en una cosa muy curiosa. Quería especializarse en la edificación de templos.

—Eso ya es algo que se sale de lo normal.

—No veo por qué. Siempre que se edifica un templo, sea de la religión que sea, tiene que intervenir un arquitecto. Y, si es un especialista, mejor que mejor.

Kurt acabó su *whisky*. La verdad era que seguía como aturdido y sin saber qué pensar.

—Vamos a la ciudad —dijo al fin.

—¿A qué?

—Si piensas permanecer algunos días en esta zona, habrá que buscarte alojamiento. Tú misma lo has dicho antes.

Helda sonrió y se puso en pie.

Si sentada causaba impresión, puesta en pie le hacía caer a uno de espaldas.

No había más remedio que olvidarse de los muertos, de los viejos y de los fantasmas teniendo delante una mujer así, una estatua palpitante que se movía con inquietante voluptuosidad y que además parecía vestida por la mano del mismo diablo.

—Vamos —susurró.

Subieron al «Falcon» e hicieron en silencio el trayecto hasta la villa, que parecía más desierta y más tranquila que nunca.

Había numerosos hoteles, y los fueron recorriendo uno por uno. En todos recogieron la misma clase de respuesta:

—Estamos pintando. Lo sentimos, pero no hay modo de admitir huéspedes ahora. Aprovechamos el fin de temporada para eso.

—Se realizan obras. Si hubiesen venido una hora antes tal vez se hubiera podido arreglar, pero ahora hay andamios en todos los pasillos y es imposible el paso.

—Tenemos en suspenso la licencia hasta la próxima temporada. Si admitimos un solo huésped, nos multarán.

En el último hotel, un edificio mugriento dónde solo se alojaban artistas y mujeres complacientes, tuvieron la cara dura de decir a Kurt:

—Lo lamento. Esta es una casa decente donde no se admiten mujeres solas.

Kurt estuvo a punto de romper las narices al dueño, pero se aguantó. No solo estaba en observación por la policía, sino que podían retirarle su licencia de boxeador por causa de una pelea callejera.

Mientras deambulaba con Helda por las desiertas calles de la ciudad, con las manos en los bolsillos, susurró:

—No lo entiendo. Parece una conspiración en regla. Toda la ciudad nos echa. ¡Nos echan materialmente de aquí! ¡Quieren quedarse solos!

—No lo comprendo —susurró Helda.

—Yo tampoco, y sin embargo es una sensación que he tenido desde el primer momento, casi desde que alquilé la casa junto al lago.

—Según tú —murmuró Helda— existiría una conspiración.

—Sí, eso es.

—Pero resulta absurda una conspiración en la que participe una ciudad entera, por pequeña que sea esta.

—Sí, eso también es cierto.

De pronto Kurt chascó los dedos.

—¡Diablos! ¿Y si fueran solo unas cuantas personas de la ciudad las que estuvieran en el lío? ¿Y si hubiese, en efecto, una conspiración, pero limitada a un grupo de unas veinte personas?

Helda pareció comprender.

Sus ojos brillaron un momento, pero la luz que palpitó en ellos era más bien de incredulidad.

—¿Qué personas serían esas? —susurró.

—Imagina que lo sean las más representativas de una pequeña ciudad de veraneo, como lo es esta. Es decir, los hoteleros, el dueño de la gasolinera, el tendero más importante, y quizá algún otro. De hecho, son las únicas personas con las que hasta ahora hemos tenido que hablar.

—Es una idea absurda —dijo Helda, después de reflexionar durante un largo minuto.

—¿Absurda? ¿Por qué?

—¿Qué objeto podría tener esa conspiración? ¿Qué se propondrían todos esos tipos?

—No... no lo sé.

—Piensa que todos ellos tienen negocios y, por supuesto, cosas más importantes en qué pensar.

Kurt se encogió de hombros, con impotencia. Ella tenía razón, no podía dudarle ni por un momento. Se daba cuenta de que estaba chocando una y otra vez contra un muro de cristal, un muro transparente, que no se notaba, pero a través del cual no pasaría nunca.

—Tenemos que resolver algo —dijo—. Está visto que en esta ciudad no podrás alojarte.

Ahora fue ella la que chascó los dedos.

—Ya tengo la solución.

—¿Si?

—No pienses que voy a pedirte permiso para dormir en tu casa; no te hagas ilusiones. Pero me he dado cuenta de que hay en torno al lago muchas fincas cuyos dueños se han marchado ya. ¿Por qué no duermo en una de ellas? ¿Quién me lo podría impedir?

Kurt pensó que se lo podría impedir Bentley, quien administraba la mayor parte de aquellas propiedades, pero se dijo también que era muy difícil que llegara a enterarse.

La idea de Helda no era mala, después de todo. Lo único que estremecía a Kurt era el pensar que ella tendría que estar toda una noche en una casa solitaria.

Al fin y al cabo, el que había matado a su hermana aún debía merodear en torno al lago...

—Elegiremos una que esté cerca de la mía —dijo—. La más próxima debe ser la de los Koster, pero sin duda encontraremos alguna otra.

Helda sonrió.

—Todo esto es perfecto —dijo—, pero con una sola condición.

—¿Cuál?

Ella hizo aún más amplia su sonrisa, mientras le miraba a los ojos.

—La de que tú no seas el asesino, Kurt.

Cuando tomaron el automóvil, la sensación de soledad y de agobio que causaba la ciudad vacía, los envolvió por completo.

Era una cosa extraña, imprecisable, que no podían definir, pero que inundaba los sentidos y llegaba a aturdir como un licor demasiado fuerte.

Rodaron a poca velocidad por la carretera vacía, por la que ya no pasaban ni un coche ni una furgoneta de reparto. No era extraño, puesto que aquella carretera solo conducía a las fincas del lago, en torno al cual daba una vuelta casi completa.

El ronquido del motor era suave, uniforme, casi monótono, pero Kurt creyó oír al cabo de algunos minutos un ruido distinto, un suave rumor que procedía de detrás del asiento. Eso era muy extraño, porque, desde luego, en el asiento posterior no se sentaba nadie. Estaba vacío; ellos mismos lo habían visto de una manera maquinal, al subir.

Kurt detuvo el coche.

¿Era quizá algo que estaba *en el suelo* del vehículo?

Giró sobre sí mismo, volviéndose, y su grito de asombro y de horror quebró el silencio de la carretera.

SIETE

El viejo Koster volvió a la cocina sosteniendo con sus manos temblorosas una lámpara de petróleo apagada.

La cocina era pequeña, con baldosas blancas, y en ellas se reflejaban tristemente las últimas luces de la tarde que ya empezaba a caer.

Su esposa estaba allí, quieta también, mirando con fijeza un punto imprecisable de la pequeña pieza.

—Es la segunda que se apaga —dijo él suavemente—. La segunda ya...

Ella apenas movió los labios para preguntar:

—¿Ya no queda petróleo?

—Sí, claro que queda, pero son las lámparas las que están estropeadas. Han funcionado demasiado durante las noches del estío. Yo no tenía cuidado porque pensaba que podría sustituirlas en cualquier momento. Una lámpara de petróleo es barata. Pero ahora...

La mujer se llevó las manos a los ojos. Diríase que estaba a punto de llorar, aunque nadie hubiera sido capaz de asegurarlo.

—¿Vamos a tener que quedarnos a oscuras... aquí? —musitó.

—Puede decirse que la única ayuda que tenemos es el farol de pilas que nos prestó ese joven, Kurt Loman, pero cuando se gasten las pilas no sé si nos venderán otras nuevas.

—Y es un farol único, uno solo...

El viejo Koster se apoyó en la pared con gesto de pesadumbre.

—Estamos solos. Tan desesperadamente solos y aislados como no lo hemos estado nunca.

La luz, más espectral cada vez, se reflejaba en las baldosas blancas de la cocina.

—Solos... —repitió ella.

Y miró a través de la ventana, hacia los árboles del lago, entre los cuales flotaban ya las sombras.

Ni un sonido se escuchaba allí, salvo el rumor del viento.

Hasta que el rumor fue cortado bruscamente por aquel grito inhumano que parecía llegar desde lo más profundo de la lejanía.

OCHO

Lo que había visto Kurt era bien sencillo, y muchos millones de hombres debían haber visto *ya* algo semejante. Pero sin embargo resultaba increíble allí, en una tranquila carretera de Florida, a miles de millas de las selvas de Asia, donde normalmente tenía que haber vivido aquel reptil monstruoso.

Porque lo que estaba detrás suyo, rozándole la cabeza, era una pitón descomunal cuyas fauces anhelantes se abrían apenas a diez centímetros de su oreja derecha.

El grito de asombro y de horror de Kurt excitó al monstruoso reptil, que se lanzó al ataque.

Debía haber estado dormitando, quizá bajo los efectos de un narcótico suave, en el suelo correspondiente a la parte posterior del coche, y el calor y el traqueteo de la marcha la habrían reanimado. Estaba furiosa, tan furiosa que un silbido atroz partía de su boca.

Kurt, intentando evitar la acometida del reptil, perdió por completo el dominio de los mandos del coche.

Instintivamente frenó a fondo, y la carretera, que estaba algo húmeda, sirvió a los desgastados neumáticos de pista de patinaje. El automóvil dio dos bandazos y acabó estrellándose de costado contra una valla, sin que Helda, asiendo el volante a última hora, consiguiese evitarlo.

Cuando el vehículo quedó inmóvil, ya la serpiente había dado un terrible brinco, llenando completamente el interior con su monstruoso cuerpo, y estaba rodeando a Kurt.

A este solo le quedaba libre la mano izquierda, con la que abrió febrilmente la puerta, en un intento desesperado por escapar al mortal abrazo.

La serpiente salió con él, rodeándole ya por completo. Estaba rabiosa y contorsionaba los anillos frenéticamente, ahogando materialmente a su víctima.

Kurt era un hombre acostumbrado a luchar y que además había visto rodar a muchos adversarios bajo sus puños por la lona del *ring*. Pero jamás había peleado —ni imaginado llegaría a pelear— con un monstruo surgido de lo más profundo de la selva, con un ser repulsivo cuyos anillos tenían la fuerza de diez hombres. Eso, unido a los efectos demoledores de la sorpresa, le hizo comprender que estaba perdido.

Intentó liberar los brazos, en un terrible esfuerzo por sobrevivir, y la serpiente, como si estuviera dotada de inteligencia humana, le golpeó con la cola detrás de las rodillas.

Kurt sintió que estas cedían y cayó hacia atrás, mientras la serpiente le trenzaba por completo en sus anillos. A partir de ese momento ya no pudo moverse. Solo pudo mirar con ojos desencajados el lento avance de la cabeza del reptil, cuyas fauces parecían ir a engullir su cabeza.

Nunca había sentido miedo a la muerte, pero esto era distinto. Esta era una muerte visceral, repulsiva, viscosa. Era una muerte de pesadilla, un fin macabro en el que nunca se hubiera atrevido ni a soñar.

Sin embargo, más que el horror era la duda lo que ahora atormentaba su cráneo. Ante la inminencia de la muerte solo acertaba a preguntarse: ¿Por qué? ¿Por qué? *¿Por qué?*

Cerró los ojos.

No podía soportar aquello, no podía soportar ni un segundo más la visión de la garganta del reptil, que estaba apenas a diez centímetros, y cuyo aliento caliente le llegaba hasta la cara.

Ni siquiera llamó a Helda.

¿Para qué?

Ella habría huido ya. Ella estaría bien lejos de aquella escena de pesadilla.

De pronto la serpiente se estremeció. Dio la sensación de que algo la ponía más furiosa aún, aunque obligándola a aflojar la presión angustiada de sus anillos.

Al abrir los ojos, Kurt se dio cuenta, con violenta sorpresa, de lo que estaba sucediendo.

A pesar de la violencia del choque, como el automóvil había sido golpeado de costado aún podía funcionar. Helda, con una frialdad de ánimo extraordinaria, lo había hecho rodar hasta aplastar con uno de los neumáticos delanteros la cola del reptil, frenando luego sólidamente.

La serpiente quedaba así atrapada, y aunque podía disponer de casi todo su cuerpo, no lograba mover la cola, que le servía de punto de apoyo para todos sus movimientos.

Se desenroscó del hombre y atacó con ferocidad el neumático, creyendo que se trataba de un ser vivo que la estaba dominando.

Helda siguió obrando con una maravillosa serenidad.

Había extraído el pesado gato que formaba parte de las herramientas del coche, y con él golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de la serpiente cuando esta la apoyaba momentáneamente en uno de los guardabarros.

No la alcanzó de lleno, porque de lo contrario hubiera conseguido aplastar aquella cabeza repulsiva. Sin embargo la lesionó lo suficiente para que el reptil se contorsionase en el aire como si enseguida fuese a caer aniquilado a tierra.

No cayó, sin embargo.

Después de trazar un inesperado y silbante círculo, se abalanzó

sobre la muchacha, que se creía ya a salvo.

Helda lanzó un grito de horror al ser lanzada a tierra por el peso de la serpiente, que enseguida trató de envolverla en sus anillos.

Kurt no perdió un segundo. Aunque aún no se había recuperado del todo después de la brutal sorpresa, se abalanzó sobre el animal y trató de mantener sujeta su cabeza, dominando sus brutales contorsiones.

Esta vez la fuerza hercúlea del hombre venció, porque a la serpiente le faltaba un esencial punto de apoyo.

Kurt logró inmovilizar la cabeza del reptil contra el asfalto de la carretera, y en ese momento, cuando el animal ya estaba prácticamente vencido, vio unas botas de goma que avanzaban hacia él. Aquellas botas continuaban en las perneras de un pantalón azul de gruesa tela, junto a las que se balanceaba un revólver de pesado calibre.

Una voz ronca gritó:

—¡Quieto! ¡No se mueva!

Kurt alzó del todo la cabeza.

Vio frente a él a un hombre a quién conocía, aunque tardó unos segundos en recordar que era el dueño de la gasolinera.

Iba en traje de faena y esgrimía un revólver. Con él apuntaba directamente a la cabeza del reptil.

—¡Siga sujetando a ese bicho!

Kurt obedeció.

La bala atravesó por el centro la cabeza de la serpiente, entre los dos ojos, produciendo un orificio repulsivo, color verdinegro. Kurt sintió un estremecimiento de asco y soltó de pronto la cabeza, pero esta ya no se movió de sobre el asfalto, al que parecía haber sido clavada por el peso de la bala.

El de la gasolinera gruñó:

—Caray, un poco más y no llego a tiempo.

—¿De... de dónde ha salido este bicho?

La respuesta la obtuvo Kurt al ver otros tres hombres que avanzaban hacia él. Iban armados con extraños látigos y redes, y vestían camisetas afelpadas de manga corta. Uno de ellos aún llevaba colorete en una de las mejillas, y por eso adivinó Kurt que se trataba de gente de circo, reclutada a toda prisa para salir en persecución del animal.

Bruscamente lo vio todo claro.

La monstruosa pitón se había escapado de la jaula de algún circo establecido en las cercanías, o que iba de paso por allí. ¿Pero cómo había podido entrar en el coche? ¿Por qué había estado quieta casi hasta que él arrancó?

Los tres hombres del circo avanzaron pausadamente. Parecían desolados.

—No he tenido más remedio que matarla —dijo el de la gasolinera.

Uno de los hombres se rascó la cabeza.

—No sabe usted lo que vale un animal así.

—¿Pretende decir que la muerte de ese bicharraco les perjudica?

—Era una serpiente joven y muy desarrollada. No era la clásica pitón medio centenaria que se exhibe por los circos de poca monta. Usted no le comprenderá, pero «Clotilde» nos daba mucho dinero a ganar. Sabía moverse al son de la música y emocionaba a la gente cuando la dejábamos entrar en la jaula de los monos.

El de la gasolinera gritó:

—¡Era un bicho asqueroso!

—Cada uno se gana la vida como puede. Además, ¿para qué vamos a discutir ya? Está muerto y no hay remedio. Comprendo que no tenía más opción que disparar; no le acuso de nada.

Kurt se había puesto en pie, tambaleándose.

—¿Cuándo escapó «Clotilde»? —preguntó por entre sus labios apretados.

—Hace menos de una hora.

—¿Cómo sabían que estaba aquí?

—La buscábamos por la zona. Este señor —señaló al de la gasolinera— nos dijo que creía haberla visto. Por suerte ha tenido razón. Si la serpiente llega a atrapar a un niño...

—¿Por qué me atacó? —preguntó Kurt—. ¿No suelen ser pacíficos los animales del circo?

—Con los animales nunca se puede estar seguro, y con las serpientes menos. Lo que supongo que debía ocurrirle es que estaba hambrienta e irritada. Además de haber pasado ya la hora de su comida principal, nunca se había visto en el interior de un coche.

—Lo que no entiendo es cómo pudo entrar.

El tipo del circo seguía rascándose la cabeza.

—Cualquiera sabe... Las serpientes hacen cosas que parecen imposibles. Con solo que un cristal estuviese algo bajado...

—Ninguno lo estaba —dijo Kurt con voz firme.

—¿Pretende indicar que...?

—Exactamente, pretendo indicar que alguien introdujo ese bicho a propósito, con toda deliberación.

—Pero...

Kurt miró al dueño de la gasolinera.

—De no ser por esta chica, por Helda, yo hubiese muerto con toda seguridad. Y, luego, de no llegar usted, no sé qué hubiese podido ocurrir. Aunque tenía dominada a la serpiente, esta aún conservaba toda su fuerza.

El de la gasolinera había guardado su revólver.

—El ruido del automóvil al chocar ha sido lo que nos ha atraído. Todos buscábamos al azar.

—Nosotros hemos encontrado a este caballero mientras

buscábamos a «Clotilde» —añadió uno de los del circo—. Nos ha ayudado. Por suerte, hoy iba a presentar su revólver en la inspección de la policía, y lo llevaba encima.

Kurt sentía como si tuviera las manos manchadas de sangre. Le daba asco tocarse con ellas.

—Les doy las gracias —susurró—. Trataré de llegar a casa en mi propio automóvil.

—¿Necesita alguna ayuda?

—No, gracias nuevamente.

Los del circo se inclinaron sobre el reptil. A juzgar por las expresiones de sus rostros, para ellos todo esto era peor que si hubiesen perdido a un ser amado.

—Nos llevaremos a «Clotilde»... —murmuraron casi al unísono.

Sin ninguna repugnancia, como si fuera un ser querido, la cargaron sobre sus hombros y se la llevaron arrastrando su pesada cabezota.

Kurt tuvo una náusea.

Pero guardó silencio.

—Debería haber reflexionado —dijo suavemente el de la gasolinera—. ¿No se ha convencido aún de que esto es muy desagradable cuando termina el verano?

Kurt no contestó.

Hizo una seña a Helda y ambos se introdujeron en el coche silenciosamente.

NUEVE

Kurt encendió un cigarrillo.

La llamita del fósforo reveló las paredes blancas y excesivamente desnudas, los muebles más cercanos y una ventana a través de cuyos cristales se sentía palpar la noche.

La derecha de Kurt tembló antes de apagar el fósforo.

Era la segunda vez que oía el aullido, aquel aullido inhumano que llegaba desde más allá del lago, desde el fondo de las tinieblas y la distancia.

El aullido que oyó la noche en que asesinaron a Ketty, la hermana de Helda.

Era extraño, pero el aullido no sonaba en un punto fijo. Era como si llenase la noche. Ahora se le oía en un punto del lago, luego en el otro. La garganta humana que lo producía —porque se trataba de una garganta humana, de eso no había duda—, se desplazaba con una sorprendente rapidez.

Mientras inhalaba de mala gana el humo, Kurt pensó febrilmente.

En primer lugar podía estar seguro de la solidez de su casa. Puertas y ventanas estaban bien cerradas, y nadie podría violentar una de ellas sin que él se diese cuenta. Mientras no saliese de allí, podía considerarse a salvo.

¿Y Helda?

Helda se hallaba en otro lado del lago, a una media milla, encerrada en una casa que ofrecía más garantías aún de solidez que la suya. Las ventanas, cerradas con postigos, excepto la de la cocina, eran sólidas, como él mismo había comprobado. La puerta podía atrancarse desde el interior.

¿Pero ante qué extraño ser se encontraban? ¿Qué misterio venía desde más allá de las aguas del lago?

Kurt comprendió que no podía estar encerrado más tiempo.

Iría a hablar con Moss, el jefe de policía, y si él no abría una investigación más completa le pediría una licencia de armas. En cualquier lugar le venderían luego un buen revólver con el cual solucionar el asunto a su modo.

Arrojó el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y salió.

No le preocupó dejar abierta la puerta. Si alguien entraba durante su ausencia, mejor.

Sacó el coche, cerciorándose esta vez de que no había nada en el asiento posterior, y condujo en dirección a la ciudad. Aunque se había lavado cien veces las manos, aún creía notar en ellas el contacto del

reptil, y le inspiraba una lejana repulsión tocar el volante.

Cuando llegó al departamento de policía, no estaba Moss. Un aburrido agente hacía solitarios ante una mesa. Alzó la cabeza al oír llegar a Kurt y le miró bizqueando.

—Usted es el de la chica —gruñó.

—¿Sí?

—Sí, eso es. Me han dicho que le han encontrado en una carretera solitaria abrazando a alguien llamado Clotilde.

A Kurt no le hizo gracia aquello. Con gusto hubiera dado un puntapié a la mesa de los naipes, pero se aguantó.

—Quiero ver a su jefe —dijo.

—A estas horas no es fácil encontrarle. Pruebe en el *drugstore* de Bent. De vez en cuando toma allí unas copas y piensa en las chicas con las que nunca tendrá un plan.

Kurt hizo:

—Ug.

Y salió.

El *drugstore* de Ben era el mejor y el que más tarde cerraba de la calle principal. Tenía una larga barra niquelada, un tocadiscos automático y dos camareras lánguidas que parecían haberse secado con la huida del verano. Había bastante gente trasgando licores allí, pero no pudo ver a Moss.

De todos modos entró.

—Un *burbon* doble.

La más lánguida de las camareras se lo sirvió. Era de esas que mientras dejan gotear el licor sobre la copa miran directamente a los ojos.

Pero Kurt no la miraba a ella.

Miraba algo mucho más prosaico, más vulgar y menos intrigante que una muchacha: un libro.

El libro estaba al otro extremo de la barra, junto a un vaso de *whisky*, y su título, por lo que a aquella distancia podía leer Kurt, era: «Estructura y cálculo de resistencias en los templos románicos».

¿Qué le recordaba aquello? ¿Quién le había hablado de arquitectura y de templos?

Bah, todo aquello no tenía sentido.

Se estaba volviendo majareta.

De pronto, cuando se estaba llevando el vaso a los labios, recordó. La mano con que lo sostenía tembló visiblemente.

Peter Koster estudiaba arquitectura. Peter Koster quería especializarse en algo poco frecuente: en la construcción de templos. No debía haber muchos como él, y menos en aquella parte del país.

Kurt vació el vaso de un trago.

Pagó.

Su garganta abrasaba, pero él ni siquiera se dio cuenta. Tampoco se dio cuenta de que las dos camareras le seguían con la mirada.

Una mirada donde había soledad, un poco de hastío, un mucho de admiración hacia sus puños grandes y sus espaldas anchas.

Y un suave temblor de mujeres insatisfechas que Kurt no llegó a captar.

Cuando pudo ver al dueño del libro, se dio cuenta de que este era un tipo joven y exactamente tal como lo había descrito Helda. Desde luego, cualquier parecido entre un muerto y él sería simple coincidencia, como se dice en las carteleras de presentación de las películas.

Kurt iba a acercarse a él cuando el hombre del libro, que ya había pagado, recogió su cambio y abandonó el taburete.

No le había visto, y por lo tanto no huía. Pero parecía tener prisa por llegar a alguna parte.

Kurt no se atrevió a abordarle, puesto que no supo cómo hacerlo. No había ningún lazo ni motivo visible que les uniera a los dos. Pero le siguió sin que el otro se diera cuenta.

El joven montó en un «Dodge» deportivo que estaba estacionado cerca del *drugstore* y manejó el *demarré*.

Kurt tenía su «Falcon» algo más lejos. Maldijo aquella circunstancia que podía hacerle perder unos instantes preciosos.

Por otra parte, el «Dodge» deportivo era un modelo más rápido que el suyo, y además el joven como-se-llamase lo manejaba con gran habilidad. Maniobró en un par de yardas y lo hizo rodar velozmente hacia la carretera que conducía al lago.

Kurt hizo maniobra también, con gran habilidad, y rodó en la misma dirección. Sin embargo, cuando enfiló la carretera, ya no podía ver las luces del otro coche.

Aceleró, sin conseguir nada.

El «Dodge» deportivo debía rodar a gran velocidad. Pero aquella carretera no tenía más salida que el lago, por decirlo así y tarde o temprano terminarían por encontrarse.

Incluso Kurt disminuyó un poco la velocidad, por si el otro se había detenido con las luces apagadas, preparándole una trampa.

No sabía qué pensar, y solo estaba convencido de que no podía descuidarse ni un solo segundo.

Fue entonces cuando vio el «Dodge».

Este se hallaba detenido, con las luces apagadas, tal como había supuesto. Pero el joven como-se-llamase no estaba allí. No se le veía por ninguna parte.

En las cercanías del lago, el grito inhumano volvió a llenar de pálpito misteriosos la noche.

Kurt dudó solo un momento.

Había oído antes aquel grito, y sabía lo que podía significar. Necesitaba hablar cuanto antes con aquel extraño tipo.

Fue directamente hacia el lago, siguiendo un pequeño sendero por dónde tal vez pudo haber marchado el joven.

El grito se volvió a repetir. Era obsesionante, angustioso, llenaba la noche entera.

De pronto Kurt se dio cuenta de algo.

En el sendero había huellas, pero huellas que formaban en realidad una sola línea casi continua. El joven como-se-llamase había avanzado por allí, pero de un modo muy especial. No había avanzado por su propio pie... isino que lo habían arrastrado!

¡Aquella línea había sido formada por sus zapatos al ser llevado a rastras!

Kurt siguió avanzando, pero ahora sentía a cada paso un leve escalofrío en la piel.

Sus ojos escrutaban las sombras, sintiendo que el peligro acechaba, que en cualquier momento la muerte podía saltar sobre él... isin que se diera cuenta!

Fue entonces cuando vio el libro.

Yacía a un lado del sendero, y algunas gotitas precedentes de la humedad de los árboles habían caído sobre las tapas.

Kurt contuvo la respiración.

Siguió avanzando como un fantasma hasta tropezar con aquel cuerpo tendido en tierra.

La luz que llegaba hasta allí era lívida como el resplandor de una mortaja.

DIEZ

Estaba muerto.

Por si a Kurt aún le podía quedar alguna duda, la sangre que manaba lentamente del cuello de la víctima era todo un síntoma macabro.

Se inclinó sobre el joven.

Lo habían degollado de un solo y certero tajo, y era seguro que un minuto antes aún se debatía en los últimos espasmos de la agonía. El espectáculo no solo era macabro, sino también infinitamente triste, porque nada hay tan amargo como la muerte de un joven.

El odio subió en el corazón de Kurt como el termómetro sube en las tardes calurosas del estío.

Odio hacia el que había matado a aquel hombre, odio hacia el misterio que le envolvía, odio hacia todo.

Apretó los puños.

No obstante intentó serenarse. Necesitaba saber, al menos, el nombre del muerto. Necesitaba encontrar su documentación.

Inclinándose sobre él, aun a riesgo de que sus huellas dactilares apareciesen en el cadáver, hurgó en los bolsillos.

Había una cartera de piel lagarto, unos billetes sueltos, un llavero y monedas. Nada más.

Kurt guardó la cartera en el bolsillo, despreciando los otros objetos, y miró en torno suyo.

Nada, no se veía nada.

El silencio era absoluto. No se oía ni el susurro del viento en las hojas de los árboles.

Kurt regresó junto al «Dodge» deportivo, encendió las luces de situación y a su leve resplandor examinó el contenido de la cartera.

Sabía que era arriesgado, y mucho más siendo ya sospechoso de un asesinato, pero no podía perder tiempo. Confiaba, además, en que nadie pasaría por allí.

Tuvo una violenta y desagradable sorpresa al ver que en la cartera no había un solo documento, nada que pudiese identificar al muerto.

Solo algunas tarjetas profesionales de arquitectos, unas fotos de Kitty, es decir, la hermana de Helda, y un par de billetes de a diez dólares. Absolutamente nada más.

Parecía como si el joven hubiese tenido un interés especial en no ser identificado, o alguien hubiera revisado la cartera antes que él. El caso era que aquello le servía de poquísima ayuda.

Miró entonces el coche.

Allí debían estar, en la guantera o en las fundas, los documentos del vehículo, y en ellos figuraría el nombre de su dueño. Buscó febrilmente, sabiendo que luchaba contra el tiempo.

Pero también tuvo otro desengaño. El «Dodge» era propiedad de una casa de alquiler de coches, y no figuraba allí para nada el nombre del arrendatario. No había tampoco copia del contrato.

Kurt pensó que era como para volverse loco.

Sus sienes palpitaban violentamente, y la nuca le dolía a causa de la insoportable tensión.

Para descargarse hubiera necesitado golpear a alguien, machacar el automóvil con sus poderosos puños, pero no podía. Al contrario, lo que tenía que hacer era salir cuanto antes de allí.

Fue entonces cuando escuchó aquella voz:

—¿Qué haces aquí, Kurt?

Kurt se estremeció, mirando hacia las sombras. Entre esas sombras vio recortarse el rostro de Helda.

—¿Estás loca? ¿Por qué has salido de la casa?

—Esos aullidos humanos me obsesionaban, Kurt. No conseguía soportarles ni comprendía cómo era posible que eso sucediese. ¡Dios santo! Estamos en un país civilizado, en una de las zonas turísticas más importantes del mundo, y sin embargo, vivimos una pesadilla que nos costaría soportar incluso en un cine donde exhibieran películas de horror... ¿En qué extraño mundo nos movemos, Kurt? ¿Qué es lo que nos sucede?

Kurt se llevó una mano a los ojos.

La muchacha tenía razón, pero él se sentía incapaz de darle cualquier respuesta.

—Ven —susurró.

Cuando, unos minutos después, Helda vio el cadáver, estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento.

Kurt la sostuvo.

—No te arrugues ahora, muchacha. ¿Lo conoces? ¿Es este el que salía con Kitty?

—Ssss... sí.

—¿Tienes alguna idea acerca de por qué estaba aquí esta noche?

—No... No puedo... comprenderlo.

—¿Sabes su nombre?

—¿No se llama Peter Koster?

—No lo sé.

—Llevaría documentos, algo...

—Ni un documento, eso es lo extraño. Parece como si lo hubiera hecho a propósito o como si alguien se los hubiese robado antes. No puedo saber quién es.

Helda contemplaba el cadáver con horror, con una especie de

fanatismo, sin que los pensamientos logran atravesar la barrera de sus ojos.

Al fin musitó:

—Hay que hacer algo... algo...

—Por él ya no podemos hacer nada, puesto que lleva muerto unos minutos. Pero comprendo que el crimen no puede ocultarse, y aunque pudiera no me conviene hacerlo. Hay que avisar a la policía local. Lo malo es que...

—¿Qué?

—Ya es el segundo cadáver que encuentro. Y a los dos los he encontrado precisamente yo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé con qué palabras puedo explicarle a Moss que acabo de darme de narices a boca con otro regalito de esa clase.

—Te detendrá...

—Es más que posible.

De pronto la muchacha hizo un gesto de decisión.

—Iré yo.

—No seas estúpida... ¿Qué vas a decirle? ¿Qué has encontrado tú el cadáver? No consentiré que te veas envuelta en esto.

—No, no puedo mentirle. Le diré que lo has encontrado tú, pero si se pone tozudo y piensa detenerte tendrás una posibilidad de huir hasta que las cosas se aclaren un poco. Haremos lo siguiente: Tú estarás oculto cerca del edificio de la policía. Iré en tu coche. Si al salir enciendo los faros, es que debes seguir oculto. Si no los enciendo hasta después de arrancar, es que Moss se muestra razonable y puedes entrar a verle —ante el gesto de duda del hombre, le asió vehemente por los brazos—. Sería una locura presentarte ante la policía sin saber qué actitud van a tomar, Kurt. Eres el sospechoso que tienen más a mano, eres el hombre más enredado en todo este macabro asunto, eres el cabeza de turco más ideal con que podían soñar. Si te atrapan no te soltarán ya, y no existirá modo alguno de desenredar este rompecabezas. Más vale que hagamos lo que yo he dicho. Créeme, las mujeres tenemos mucha más intuición. Déjate guiar por mí aunque solo sea en este momento.

Kurt se encogió de hombros.

Estaba tan preocupado que ni siquiera notaba el cálido contacto de las manos de Helda apretando sus brazos.

—Está bien —dijo al fin—, lo haremos de ese modo. Yo te acompañaré hasta la entrada de la ciudad.

—De acuerdo, Kurt.

Condujo ella. Debía estar preocupada, pero ni una sola arruga alteraba sus facciones inmutables. Sin cambiar una palabra llegaron a las primeras casas de la ciudad, y entonces ella frenó el coche.

La soledad era completa. Cien yardas más abajo se veían brillar las luces de un *drugstore*, pero eso era todo. Por allí no pasaba absolutamente nadie.

Kurt descendió.

—No sé cómo podré pagarte lo que haces por mí, Helda.

—Lo haría por cualquier persona que se encontrase en tu situación. No olvides lo convenido, Kurt.

—No. Quedamos en que, si enciendes los faros enseguida, debo ocultarme; si tardas un poco, y pones antes el coche en marcha, debo entrar. No lo olvidaré.

—Entonces buena suerte, Kurt.

—Los dos la necesitamos.

La muchacha tenía una mano pequeña, pero cálida. Kurt la sintió de pronto entre las suyas como un pajarillo que fuera a escapar.

La soltó lentamente, muy lentamente.

Luego, cuando ella volvió a arrancar, fue hacia el local de la policía empleando calles laterales y pasajes solitarios. Se detuvo en una zona oscura, desde donde veía las ventanas iluminadas del despacho de Moss.

Y esperó, con la sensación de que todavía retumbaba en sus oídos el grito lúgubre que ya había acompañado a dos muertes.

ONCE

Moss estaba en su despacho.

No fumaba, no jugaba a las cartas ni leía ninguna revista donde aparecieran señoras en *déshabillé*. Parecía como si hubiese adivinado lo que Helda iba a decirle. La miró intensamente y susurró a las primeras de cambio:

—Usted es la hermana de la muchacha a la que asesinaron.

—¿Cómo lo sabe?

—Se parecen mucho. Además, la policía de su localidad me informó de su salida. Esperaba verla de un momento a otro para ofrecerle nuestra ayuda, aunque tal vez haya estado usted ya en esta oficina, sin atenderle yo.

Helda quedó confundida en el primer instante. No imaginaba que Moss la fuese a recibir tan bien. Incluso, a través de las palabras de Kurt, tenía de la policía local una imagen más bien siniestra.

Se sentó tímidamente en el borde de la silla que le indicaba Moss.

Este cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Qué tiene que decirme, señorita?

—Yo... yo me llamo Helda. En efecto, soy la hermana de Ketty, la muchacha a la que asesinaron hace pocos días.

—Ya he dicho que lo imaginaba. ¿Y dónde ha vivido hasta ahora?

—He pasado parte de la noche en una casa abandonada junto al lago. Ningún hotel de la ciudad quiso admitirme.

—Generalmente no lo hacen, finalizada la temporada de verano.

—Pero es que... es que la actitud de toda la ciudad es muy extraña. Hace pensar incluso que esto está gobernado por una especie de Mafia.

—¿Qué sabe usted de la Mafia, señorita Helda?

—Nada, excepto que... excepto que es una organización secreta o semisecreta que se basa en el código de la *omertá*, o del silencio llevado hasta más allá de la muerte. Yo he oído decir que la Mafia gobierna a veces pequeñas ciudades y que soborna a gobiernos enteros. Una se da cuenta de que en esta ciudad hay algo extraño y oculto —dijo repentinamente—. Parece como si muchas personas se hubieran puesto de acuerdo para hacer o buscar algo... sin que ningún forastero les molestase.

Moss dijo suavemente:

—Yo he tenido a veces esa misma sensación, pero no puedo comprender a qué se debe. Simplemente creo que algunos comerciantes de la ciudad están cansados después del verano. Todos ellos han trabajado intensamente, hasta un extremo que los forasteros no pueden

ni imaginar. Y cuando termina la temporada están hartos, cansados, desean sentirse solos. Yo atribuyo su actitud exclusivamente a eso.

—¿No será más bien que... tienen miedo?

—¿Qué clase de miedo?

—Ellos saben que ronda un desconocido peligroso en torno al lago... e ignoran si ese peligro tiene forma de hombre o de mujer. Tal vez por eso sienten tanta desconfianza, ese extraño terror que no quieren ni siquiera confesarse. No sé... no consigo explicarlo mejor.

Moss descruzó ambas manos para depositarlas suavemente sobre la mesa.

Cambió bruscamente de conversación.

—¿Para qué quería verme, señorita Helda? ¿Qué ha sucedido?

—Otra persona ha sido hallada muerta junto al lago.

La propia Helda se sorprendió de su voz, ronca y vehemente.

—¿Qué persona? —murmuró el policía, con una extraña calma.

—Un hombre. Se llamaba Peter Koster.

—Peter Koster murió hace dos años. Está usted confundida, señorita Helda. Peter Koster era hijo de dos ancianos que suelen veranear aquí, y que excepcionalmente se han quedado este otoño. Por fuerza tiene que tratarse de otra persona.

—No sé... —ella se llevó una mano a los ojos, aturdida sin saber qué pensar. La abrumaba, además, la calma del policía—. La verdad es que no llevaba documentos, pero supongo que se trataba de Peter Koster. Yo lo había visto hace tiempo, y entonces me lo presentaron con ese nombre.

—¿Ha descubierto el cadáver usted?

—No. Ha sido... Kurt.

Moss cerró los ojos un momento.

—¿Y usted no se ha dado cuenta? —preguntó en voz muy baja.

—¿Darme cuenta... de qué?

—Él también descubrió el cadáver de su hermana.

—No comprendo...

Helda sentía una bola en la garganta, una bola que le impedía respirar.

—Él la mató. Ha matado también a ese hombre.

—No es posible.

—¿Por qué no es posible?

—No puedo dudar del acento de sinceridad de Kurt. Él estaba realmente atónito, casi diría que horrorizado, ante aquel cadáver. No intentó ocultarme nada. Su actitud era la de un hombre inocente por completo que se encuentra en una especie de trampa.

Moss dijo con la misma calma glacial:

—Es que él no recuerda que ha cometido esos crímenes.

—¿Cómo?

La voz de Helda había partido de su garganta apenas como el soplo de un agonizante.

—¿No lo entiende, verdad? —preguntó Moss—. ¿Pero acaso no sabe que hay hombres y mujeres que matan en virtud de un instinto momentáneo, del que luego no logran ni acordarse? Su actitud ante la víctima es la del inocente que acaba de descubrirla. A veces, durante el sueño, sufren pesadillas y horrores, porque vagamente se dan cuenta de que en su interior late un monstruo que no les deja vivir. Luego, cuando despiertan, cuando vuelven a la vida real, tampoco recuerdan absolutamente nada. Yo estoy seguro de que Kurt es uno de esos hombres.

Helda movió la cabeza de un lado a otro, negando atónita, como una muñeca mecánica.

—Dios mío... —balbució.

—No puede creerlo, ¿verdad? Lo peor es que esos hombres, que parecen vivir inmersos en un mundo de pesadilla, tienen un especial y secreto encanto para las mujeres.

Helda se serenó.

—Está usted hablando de un sicópata —dijo al cabo de unos instantes—, de una especie de monstruo, mientras que Kurt es un hombre normal en todos los sentidos.

—Un hombre normal con el cerebro lesionado —retrucó Moss.

—¿Qué quiere decir?

—Él era boxeador. No sé en virtud de qué extrañas circunstancias de la vida llegó a subir a un *ring*, pero lo cierto es que resultó lesionado en un combate. Esa pequeña lesión cerebral que le impide mover con libertad una pierna debe haber afectado también sus vasos sanguíneos, sus nervios más secretos. Haría falta un examen completísimo para determinar eso, pero ninguna persona en su sano juicio dudaría de que se juntan demasiadas circunstancias. Kurt mató a su hermana y luego ha matado a ese hombre. Estoy de acuerdo en que no merece la cámara de gas, porque se trata de un enfermo, pero al mismo tiempo es uno de los asesinos más peligrosos con que me he tropezado en toda mi carrera. ¿Dónde está ahora?

Helda se llevó las manos a los ojos, como si por delante de ellos pasara una escena de horror. Aquellas manos temblaron espasmódicamente durante unos momentos.

Al fin mostró nuevamente su faz al policía. Durante años no había visto este unos ojos reflejando tanto dolor como el que ahora reflejaban los de Helda.

—¿Dónde está? —insistió.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Usted ha venido aquí porque le quiere. Ha venido aquí porque está de acuerdo con él. Ya soy lo bastante viejo para conocer un poco a

las mujeres, señorita Helda. ¿Dónde está?

—¿Van a detenerlo?

—No. La verdad es que tampoco tendría pruebas para hacerlo en este momento. Kurt es un hombre listo y sabría dejarme en ridículo. Lo único que puedo hacer es vigilarlo y evitar que cometa un nuevo crimen; cuando tenga todas las pruebas necesarias, caeré sobre él.

—¿Y sabiendo eso pretende que yo le ayude? ¿Imagina que yo misma voy a ponerle las esposas?

—Si de veras siente algo por ese hombre, lo mejor que puede hacer es conseguir que un médico llegue a examinarle a conciencia. Ya he dicho que no merece la muerte, y los jurados pensarán lo mismo. Lo único que harán será curarle, señorita Helda. Curarle y terminar con lo que para él es también una horrible pesadilla.

Helda se llevó otra vez las manos a los ojos.

No sabía qué pensar; ya no sabía ni siquiera qué era lo que podía sentir.

Había venido pensando en una cosa, y ahora resultaba que la situación se había transformado por completo. Kurt aparecía a sus ojos como un asesino digno de lástima, pero doblemente peligroso por eso mismo. Como un hombre dispuesto a besarla cariñosamente... ¡y luego a matar!

—¿Dónde está? —repitió Moss.

—Muy cerca de aquí. Yo he venido en su propio coche. Subirá a él si hago una señal convenida, pero... pero tiene que jurarme por su honor que no intentará nada contra él.

—Se lo juro por mí honor, señorita Helda. No voy a tratar de detenerle hasta poseer pruebas. Y cuando las posea seguiré considerando a Kurt como un enfermo, no como un asesino.

La muchacha se puso en pie. Le temblaban las rodillas y jamás se había sentido tan abandonada y tan triste como en aquella ciudad desconocida y extrañamente solitaria.

Igual que una sonámbula avanzó hacia la puerta. La abrió. Salió a la calle, sobre la que flotaba una suave niebla.

Subió al coche, lo puso en marcha y, en el momento de arrancar, encendió los faros. Esa era la señal indicando a Kurt que no había peligro.

En la primera esquina aminoró la velocidad un poco y puso punto muerto durante unos segundos. La figura de Kurt apareció como si flotase entre las sombras. Antes de que Helda se diera cuenta ya había penetrado en el vehículo, sentándose junto a ella.

—¿Qué? —susurró.

—No hay peligro... por ahora.

—¿Qué te ha dicho Moss?

Helda miró un momento por el espejo retrovisor, mientras

conducía a poca velocidad.

Dos coches acababan de despegarse de la fachada del departamento de policía. Uno de ellos tomaba a gran velocidad la carretera hacia el lago. El otro les seguía poco a poco, con solo las luces de situación encendidas.

La muchacha desvió los ojos.

—Me ha dicho que van a iniciar una investigación inmediatamente, y que de lo que encuentren allí dependerá todo —susurró—. Es decir, verán si tienen o no motivos para detenerte. ¿Qué vas a hacer ahora?

Kurt retorció sus dedos.

A la luz de los instrumentos del *tablier*, la muchacha los vio. Dedos largos, fuertes, capaces de estrangular a una mujer en pocos segundos. Dedos hechos para pelear y matar.

Sintió un estremecimiento.

—¿Qué vas a hacer ahora? —repitió.

—No lo sé... Confieso que no lo sé.

—¿No sería mejor que te alejaras de esta ciudad? ¿Qué te retiene aquí? Podrías trabajar perfectamente en cualquier otro sitio.

—No puedo alejarme —dijo sordamente él—. En primer lugar la policía local no me lo permitiría, y en segundo lugar estoy decidido a saber quién ha cometido esos crímenes.

Ella dijo suavemente:

—Podrías saberlo inmediatamente, Kurt.

—¿De qué modo?

—Bastaría con que te interrogaras a ti mismo. Bastaría con que trataras de ver sinceramente en el fondo secreto que hay en ti mismo.

Él la miró fijamente. Debía estar haciendo un esfuerzo para comprenderla, pero no lo conseguía. Se notaba aquel esfuerzo en la expresión de sus ojos, que por un momento fue casi angustiada.

—No te entiendo —susurró—, pero tal vez quieras decir que sufro alucinaciones. En ese caso debes convencerte de que no. Yo mismo hallé a tu hermana muerta; tú has visto a ese hombre con tus propios ojos.

—No quiero decir eso, Kurt. Pero es igual; no te atormentes. Lo importante es saber que tenemos que seguir inmersos en esta pesadilla.

—Una pesadilla de la que tú estás tratando de sacarme, Helda. Nunca podré agradecerte bastante lo que acabas de hacer por mí.

—Nada tienes que agradecerme.

Notó en su mano la presión de la mano del hombre. El estremecimiento fue tan brusco que debió repercutir en Kurt. La muchacha se preguntó cómo habría actuado aquella mano para matar a Kitty, qué clase de misteriosos suplicios le habría infligido antes de acabar con ella. Pero desechó los pensamientos, intentando mantenerse serena.

Se limitó a frenar cuando él la besó, cuando los labios ardientes del hombre cayeron sobre su boca.

★ ★ ★

Dieron una larga vuelta, para dejar tiempo a la policía, y cuando supusieron que esta ya habría retirado el cadáver y terminado sus actuaciones, rodaron por la carretera que llevaba hacia el lago.

El efecto, ya no quedaba nadie allí, salvo un motorista de tráfico que se limitó a verlos pasar con mirada indiferente.

Helda comprendió que aquel policía daría inmediatamente a Moss su situación por radio, pero no hizo comentario alguno.

Pensaba, sin saber bien por qué, en el lobo humano.

En el lobo humano que era un ser atento, servicial, cariñoso, hasta que se transformaba en fiera. Y entonces sentía el impulso irresistible de matar precisamente a los seres que más amaba en el mundo.

DOCE

Detuvieron el coche ante la casa donde había pasado la noche clandestinamente.

—¿No te apetece una taza de té? —dijo ella, en broma, al descender—. Tengo una casa preciosa. Y mis padres estarán encantados de verte; incluso es posible que te inviten a cenar.

Kurt lanzó una carcajada.

Parecía como si se hubieran disipado sus temores, como si la sola presencia de la muchacha hiciera esfumarse todas sus inquietudes. Cuando le estrechó la mano, Helda tuvo la sensación de que eran dos estudiantes que se despedían después de pasar la tarde juntos. Por un momento le pareció increíble que faltaran solo dos horas para el amanecer, que se hubiesen cometido dos crímenes... y que Kurt fuera el autor de ambos.

—Otro día aceptaré tu taza de té —sonrió él—. ¿Pero qué tal tu casa? ¿Es segura?

—Aunque te parezca mentira, podrías tomar algo si quisieras —dijo Helda—. Los antiguos ocupantes de la casa han dejado ahí muchos objetos, sin duda pensando en el año próximo. Hay incluso un equipo completo de pesca submarina.

—¿Quieres decir un traje de goma y los balones de oxígeno?

—Si. ¿Por qué?

Una nueva luz apareció en los ojos de Kurt. Apretó los puños tomando una decisión.

—¿Podrías dejármelo?

—¿Para qué, Kurt?

—Hay algo en el lago, pero no sé si en la superficie o en el fondo. Y yo *necesito saber*.

—¿No es eso una tontería, Kurt?

—Nada es una tontería cuando se han cometido dos crímenes, Helda.

Una chispita brilló también en los ojos de la muchacha.

Kurt sería mucho menos peligroso en el fondo del lago que merodeando por las cercanías. Quizá entregándole aquello se libraba de un peligro que ni siquiera ella misma era capaz de imaginar ahora en todos sus horribles aspectos.

—Te lo traeré —dijo—. Es de tus dimensiones aproximadamente.

La muchacha salió cinco minutos después con un traje de goma para inmersiones, unas aletas y unas botellas de oxígeno con mascarilla. Kurt, limitándose a darle las gracias, tomó todo aquello y lo introdujo

en el coche, dirigiéndose a buena velocidad hacia la casa donde vivía.

Una vez en ella, no perdió tiempo. Parecía dominado por una férrea decisión. Se vistió el traje de goma, se calzó las aletas y colgó de su espalda las dos botellas de oxígeno, comprobando el funcionamiento de la mascarilla. Todo marchaba correctamente.

Salió hasta el embarcadero, caminando pesadamente, y subió a la barca. Una vez en ella, remó en silencio hasta el centro del lago.

Comprendía que hubiese sido mejor cien veces, en determinados aspectos, esperar a la llegada del día para iniciar aquella exploración submarina. No disponía de lámpara, y eso haría inútiles casi todos sus esfuerzos. Pero durante el día la policía podría controlar hasta sus menores movimientos. No era tan tonto como para ignorar que le vigilaban, y sabía que solo de noche lograría desorientar a los hombres de Moss.

Confiaba en la suerte. Quizá lograría algo, aunque fuese flotando a oscuras de un lado para otro.

Silenciosamente, se zambulló.

Las tinieblas le envolvieron por completo. Muy cerca de la superficie se divisaba algo, a causa de la luz de la luna, pero aquella luz se disipaba a un metro de profundidad. Más allá todo eran tinieblas tan espesas como las que deben aguardar tras el umbral de la muerte.

Kurt no se desanimó.

Cuando uno no espera nada, tampoco desespera. Kurt sabía que podría estar allí hasta que empezase a flojear el contenido de sus botellas de oxígeno. Quizá hallase algo mientras tanto.

Y lo que halló, al cabo de media hora, fue lo que menos podía imaginar.

¡Una luz!

¡Una luz que flotaba en las entrañas del lago, buscando lenta y silenciosamente!

El cerebro de Kurt funcionaba con rapidez. Alguien estaba buscando algo, quizá a él mismo. Lo que hacía falta era saber si se trataba de la policía.

Fue aproximándose lentamente a la luz.

Él contaba con una ventaja, y era la de resultar completamente invisible, mientras que el otro era como un faro que a cada momento estaba señalando su posición.

Las linternas submarinas son de luz enteramente recta, de modo que solo iluminan la zona muy concreta hacia la cual se dirige el foco. Un objeto situado a dos pasos más allá es casi imposible verlo, y de aquí que sea muy espectacular, pero muy peligroso, introducirse por la noche bajo las agua.

Claro que en aquel lago no había pulpos ni tiburones, ni ningún pez que pudiera causar el menor daño. El hombre de la linterna flotaba por

eso lenta y descuidadamente.

Kurt se acercó hasta unos cinco metros, dando vueltas en torno suyo. Intentando identificarlo.

No podía verle la cara, ni mucho menos, pero a aquella distancia era capaz de distinguir sus relieves. Se trataba de un hombre de estatura similar a la suya, equipado como él, pero con dos instrumentos que lo convertían en muy peligroso: la linterna y un fusil submarino.

Kurt debió haberse alejado al comprobar aquello, pero siguió flotando en torno al extraño individuo. La curiosa situación duró casi tres minutos, mientras Kurt se preguntaba si atacarle o no. Probablemente lo hubiera hecho, caso de estar seguro de no hallarse ante un policía. Pero tenía que obrar con la máxima prudencia para no empeorar aún más su situación.

Fue entonces cuando ocurrió algo que no esperaba.

Un gigantesco pez pasó como una exhalación entre los dos, entre él y el hombre de la linterna. El disco de luz lo siguió por curiosidad, tratando de captar sus movimientos. Kurt trató de alejarse, al darse cuenta de lo que iba a suceder, pero ya era tarde.

El disco le iluminó fugazmente. Pudo escabullirse pero notó que la luz se movía alocadamente, tratando de enfocarle otra vez.

Por fin lo consiguió. Kurt notó el disco luminoso clavado en su pecho y se contorsionó tratando de escabullirse.

Fue la súbita línea de espuma lo que le advirtió. Desesperadamente hizo una violenta contorsión en el agua y notó que la jabalina lanzada por el fusil le rozaba la espalda. No llegó a perforarle la piel por media pulgada. Inmediatamente notó que su enemigo dejaba caer el fusil, después de fallado el disparo.

No obstante se vino hacia él, sin dejar de enfocarle.

Kurt notó que algo brillaba fugazmente en su mano derecha. ¡Un puñal! ¡Y él estaba desarmado!

Comprendió que toda su ventaja, por no decir la única, consistía en seguir invisible, y por eso trató de esquivar el rayo de luz. Su enemigo, sin embargo, era hábil y debía conocer al dedillo toda la técnica de las exploraciones nocturnas. Kurt no pudo desorientarle. Vio brillar el cuchillo a pocos dedos de su cabeza y lo esquivó con un quiebro de cintura, igual que en el *ring* había esquivado muchas veces los golpes dirigidos a su rostro.

Abrazó entonces a su enemigo y le aplicó una llave a la pierna derecha. Aunque no era un luchador, Kurt tenía la fuerza de un «catcher». Su pierna lesionada no era ningún obstáculo en el agua. Sin embargo, su enemigo era resbaladizo como un pez, y logró escabullirse.

Kurt lanzó una maldición para sus adentros.

Se dio cuenta de que la luz descendía, y creyó que su enemigo descendía también. Ahora, bruscamente, de atacado había pasado a ser

atacante. Fue hacia abajo a toda velocidad, y demasiado tarde comprendió que lo que su adversario había hecho era otra cosa. Simplemente había dejado caer la linterna para desorientarle.

Kurt sintió la muerte a su espalda como un ramalazo de frío.

Se volvió inmediatamente cuando ya su enemigo estaba casi sobre él, blandiendo el cuchillo. La hoja arañó una manga de su traje de goma, hiriéndole muy ligeramente. Kurt tomó febrilmente la muñeca armada y la retorció con fuerza salvaje, para obligar a su enemigo a soltar el cuchillo. Pero no lo consiguió. Lo único que pudo fue cortarle con la hoja parte de la muñeca, ya a la luz fantástica de la linterna, que llegaba desde el fondo, vio brotar la sangre como un vapor impalpable. Bruscamente el desconocido tuvo como un espasmo que contorsionó todo su cuerpo, y Kurt fue incapaz de controlar aquel inesperado movimiento. Notó que el adversario se le escurría como una anguila. Trató de perseguirle, pero la oscuridad era tan espesa como un panteón. Dio dos vueltas velocísimas antes de convencerse de que estaba solo. Entonces emergió a la superficie, tratando de ver a su enemigo nadando por ella.

Y lo vio, pero ya estaba lejos. La pelea les había conducido sin que se dieran cuenta hasta las inmediaciones de la orilla. En ese momento el desconocido estaba saliendo ya.

Se veían las luces de situación de un coche que aguardaba. Además no había venido solo.

Kurt comprendió que estaría perdido si su adversario conseguía refuerzos. Dos o tres hombres con linternas y con fusiles submarinos le cazarían como se caza a un pez herido. Necesitaba salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Empezó a nadar, pues, enérgicamente hacia la orilla del lago, pero no la orilla en que estaba su casa, sino la opuesta.

Al llegar a tierra vio cuatro puntos de luz en la orilla contraria. Su enemigo había conseguido refuerzos, efectivamente, y entre todos le buscaban. Aquellas linternas se hundieron en el agua poco después.

Kurt ya no quiso ver más.

Mejor dejarles perder el tiempo. Ya no le encontrarían.

Se desprendió de las aletas y caminó descalzo por la hierba ribereña del lago, hasta llegar a su casa. Desde allí podía ver, a unos cien metros, las luces de situación del coche de los desconocidos. No pudo distinguir la matrícula ni sus características. Por la posición de las luces le pareció que debía ser un «Chevrolet» último modelo, pero sin poder asegurarlo. Cuando estaba observándolo se oyó un ronquido suave, de motor nuevo y bien ajustado, y el coche desapareció.

Kurt entró en su casa, cerrándola luego cuidadosamente.

Estaba extrañamente agotado y no tardó en quedarse dormido. Pero su sueño estuvo continuamente cortado por pesadillas donde

predominaban dos colores: el rojo de la sangre y el gris de la niebla.

★ ★ ★

A la mañana siguiente revisó su coche para ir a la ciudad y presentarse a Moss, el jefe de policía. Quizá, después de todo, fuera más sensato tener una explicación con él.

Vio que el nivel de gasolina estaba casi a cero. A duras penas tendría combustible para llegar hasta la gasolinera.

Condujo hasta allí y se detuvo ante el poste.

Pero la gasolinera estaba vacía.

No se veía a nadie en el departamento donde se vendían aceites, anticongelantes y pulimentos para la carrocería. También el pequeño departamento del dueño estaba vacío.

Kurt llamó dos veces:

—¡Eh, amigo! ¿Quién diablos atiende aquí? Nadie contestó.

Kurt pensó en un nuevo crimen, pero era absurdo. Si él llegaba a descubrir un nuevo cadáver, ya sería para lanzarse de cabeza contra las paredes. Sus ojos rodaron confundidos dentro de las órbitas, solo al pensar en esa posibilidad.

El pequeño cuartito donde el dueño de la gasolinera pasaba los ratos de ocio estaba lleno de libros. Había docenas de ellos, cosa extraña en un tipo a quién no parecía fácil atribuir aficiones intelectuales. Y lo más sorprendente era que todos trataban del mismo tema.

Kurt ojeó algunos títulos de los lomos: «Espionaje nazi en el Sur de los Estados Unidos», «Espías alemanes en Norteamérica», «La Gestapo y el F.B.I.», etc... Todas las ediciones eran de años inmediatamente posteriores a la terminación de la guerra mundial. Se trataba de una de las bibliotecas más especializadas que recordaba haber visto Kurt, aunque no comprendía para qué podía necesitarla el dueño de una gasolinera.

En aquellos momentos se proyectó una sombra a su espalda.

Kurt se volvió. El dueño estaba allí.

Kurt trató de sonreír.

—Le estaba llamando. ¿No me ha oído?

—Este no es un lugar abierto al público. Estaba usted en mi despacho, y seguro que no puede decirme con qué intenciones. ¿Sabe que podría llamar a la policía?

—De acuerdo, pero ¿por qué desenfoca las cosas?

Yo no he tocado nada de aquí. Solo quería que me pusiera unos galones de esencia. El motor de mi coche está casi seco.

—Y mis depósitos también.

—¿Qué dice?

—Que no hay gasolina.

Kurt apretó los labios. Sintió que la ira iba acumulándose en sus puños, que se cerraron instintivamente. Pero trató de dominarse.

—Su establecimiento está abierto al público y no hay ningún letrero diciendo que ha agotado la gasolina. No ponga las cosas más difíciles y sírvame cinco galones. Pido la cosa más natural del mundo. Se los pagaré antes de que los sirva, si le parece.

El dueño de la gasolinera movió la mano izquierda.

Un revólver de cañón corto brilló entre sus dedos.

—¡Lárguese!

Kurt abrió mucho la boca, en contra de su voluntad. La verdad era que no entendía absolutamente nada. Desde que llegó allí le parecía vivir en un mundo en el que no existía la lógica.

¡Y sin embargo, la lógica tenía que existir! ¡Por fuerza debía haber una explicación para todo aquello!

Murmuró:

—No desorbite las cosas. No sé lo que pretende, pero está haciendo el ridículo, amigo.

—Yo sé lo que me hago. ¡Lárguese!

Kurt miró su mano izquierda, con la que empuñaba el revólver.

—No sabía que fuera usted zurdo, amigo.

—¡Yo soy lo que me da la gana!

Los ojos de Kurt habían ido también velozmente a la mano derecha. Su enemigo no era zurdo. Simplemente tenía una herida, cubierta por un vendaje, en la muñeca derecha. ¡En el mismo lugar donde él hirió la noche anterior a su adversario, bajo las aguas del lago!

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos.

No necesitaron decirse nada. Los dos habían comprendido perfectamente la situación.

Kurt se dio cuenta de que su enemigo iba a disparar.

Lo tenía todo a su favor. No solo Kurt era un presunto asesino, sino que estaba en uno de los departamentos privados de la gasolinera. Podían decir que había entrado allí a robar; la justicia local, llena de influencias y componendas, no castigaría para nada al que lo matase.

No se podía concebir un crimen más tranquilo que aquel... ¡Pero Kurt no estaba dispuesto a ser la víctima!

Apoyándose en su pie sano, saltó mientras el otro disparaba.

La bala le rozó una mejilla, trazando en ella un delgado surco de sangre. Kurt abrazó a su enemigo, siguiendo la técnica que había visto practicar muchas veces en los gimnasios, y los dos rodaron por tierra. El revólver disparó otra vez, pero ahora la bala fue directamente al techo.

El de la gasolinera no podía hacer demasiada fuerza con la mano derecha, a causa de la herida de la muñeca, y esto era un decisivo *hándicap* para él. Kurt pudo dedicar casi todas sus energías a privarle

del revólver que sostenía con su mano izquierda. El arma cayó suavemente al suelo. El de la gasolinera fue hábil, sin embargo, y consiguió desembarazarse de la presa de su enemigo, saltando hacia atrás.

No estuvo mucho tiempo en pie, sin embargo.

Kurt esquivó fácilmente el gancho que le dirigía al ponerse también él en pie, y le cazó con un zurdazo al hígado que hizo temblar todo el cuerpo de su enemigo. Un nuevo golpe, ahora de derecha, se le llevó una ceja. El de la gasolinera se puso a chillar como una rata al comprender lo que iba a ocurrir.

Dos nuevos golpes de Kurt, estos propinados con una fuerza y una precisión implacables, deshicieron en pocos segundos la cara de su enemigo.

Este ya se había convertido en una cosa flácida y que se pegaba materialmente a las paredes. Empezó a chillar:

—¡No me pegue! ¡No me pegue, maldito! ¡No me castigue más...!

Kurt lo sujetó por el cuerpo del mono blanco que vestía, levantándolo casi en vilo.

—Continuaré haciéndolo si no me explicas lo que ha sucedido. ¡Lo que sucedió anoche y lo que está sucediendo desde que yo llegué aquí! ¡Habla o te acabo de deshacer la cara, perro!

—La cosa... es bien sencilla. No hay motivo para que sigamos siendo enemigos.

—De eso estoy seguro, puesto que yo no he hecho nada para que intentarais matarme tantas veces. Sigue.

—Hay dinero... para todos.

—¿Qué dinero?

—Si nos ayudas... lo sabrás.

—Os ayudaré después de saberlo, no antes. Las cosas han llegado ya demasiado lejos, pajarito. ¡Habla o muevo los puños otra vez!

—En el fondo del lago...

—¿Qué hay en el fondo del lago?

—Nos enteramos hace un año... Desde entonces nos molesta que los forasteros se queden aquí después del verano... Podrían descubrir nuestras actividades... que justamente empiezan ahora, cuando esto se queda solo.

—¿Qué buscáis?

—Todos los fondos, en dólares auténticos, que el III Reich hizo llegar secretamente para las necesidades del espionaje nazi en este país... Llevan muchos años hundidos en una arqueta impermeable. Son varios millones...

—¿Cuántos estáis en este asunto?

—Ocho... Somos los principales comerciantes de esta población... Decidimos formar una especie de sociedad secreta en la que no pudiera

entrar nadie más... Ya todo el otoño e invierno pasados estuvimos buscando la arqueta, sin resultado. Este año ya solo nos queda una pequeña zona del lago por batir. Estamos seguros del éxito.

—¿Sabe algo de esto Moss, el jefe de policía?

—Quizá haya llegado a barruntarlo, pero con seguridad no sabe absolutamente nada... Ni lo intenta, porque a él le interesa la amistad de la gente influyente de aquí.

—¿Fuisteis vosotros los que intentasteis matarme a tiros de rifle la primera noche?

—Si...

—¿Por qué?

—No sabíamos si eras un agente alemán. Quizá algunos alemanes que han tenido acceso a los archivos secretos del III Reich puedan conocer el emplazamiento de este tesoro... Desde el primer momento desconfiamos de ti, porque todo en tu conducta nos parecía extraño. Contando con que Moss haría luego tan solo unas investigaciones rutinarias, decidimos quitarte de en medio la primera noche.

—Pero fallasteis, ¿no? ¿Y lo de la serpiente? ¿También fue idea vuestra?

El de la gasolinera se estremeció, intentando desasirse, pero Kurt no le dejó.

—¡Di! ¿Fue idea vuestra?

—Fue mía exclusivamente... Vi aquel bicho en la caja de un circo ambulante que pasaba por la zona. Mediante una generosa propina al vigilante, pude narcotizar a la serpiente y llevármela, depositándola en la parte posterior de tu coche. Despertó justo en el momento oportuno, cuando más daño podía haceros... Yo ayudaba entretanto a buscarla a los empleados del circo, para alejar toda sospecha. Maté al bicharraco cuando ya ningún mal podía causar, pensando que al menos garantizaba así mi inocencia.

—¿Y anoche? ¿Veníais también a por mí?

—No, anoche no... Te lo juro. Hacíamos una exploración. Nos encontramos por casualidad, y entonces se afianzó nuestra creencia de que buscabas lo mismo que nosotros... Durante varias horas te estuvimos buscando por el lago, para darte muerte...

Kurt suspiró con cansancio.

Soltó a su enemigo, que cayó sentado al suelo, derrengado, con los ojos todavía rebosantes de miedo.

—Esta no es más que una sucia historia de labriegos ambiciosos —masculló Kurt—. Sois todos tan miserables que ni la muerte merecéis. Lo único que se os puede dar es... ¡esto!

Escupió a la cara de su adversario, que seguía sentado en el suelo con las facciones contraídas.

Luego dio un puntapié al revólver, para que el de la gasolinera no

pudiera recogerlo.

—Sírreme ahora treinta litros de gasolina —dijo—. Y ve a decir a tu compinche, el tendero, que sirva a los Koster todo lo que necesiten. A partir de este momento se ha terminado vuestra pequeña política de miserias.

El de la gasolinera se levantó, encaminándose al surtidor después de limpiarse la cara con una toalla húmeda.

—¿Qué vas a hacer? —gruñó.

—Daré cuenta a Moss de lo que me has contado.

Los dientes del hombre rechinaron de rabia.

—En ese caso morirás. ¡Te juro que morirás! ¡Nosotros no te perdonaremos aunque vayas al otro extremo del mundo!

—No necesito vuestro perdón. Ese dinero, si es que existe, pertenece a la Tesorería de los Estados Unidos, y a ella le corresponde hallarlo. No diré nada de vuestros tres intentos de asesinato, pero si volvéis a buscar jaleo se me soltará la lengua. Pensad que algo habréis ganado con esto: Al menos podréis conservar vuestra repugnante paz; al menos ninguno de vosotros irá a presidio, que es lo que merece.

El de la gasolinera hundió la cabeza.

Se daba cuenta de que había perdido, y el odio le roía como los dientes de un animal que se hubiera afincado dentro de su pecho.

Pero bajó la cabeza. No tendría más remedio que avisar a los otros; todo se habría hundido cuando Moss recibiera la denuncia.

Y en ese momento tuvo una idea.

Fue al pensar en la manga que sostenía en la mano derecha, la cual enviaba gasolina a presión a cualquier sitio donde él la dirigiese.

Una mueca satánica curvó sus labios. Sacó un cigarrillo y se le colocó en la boca mientras dejaba la parte metálica de la manga dentro del orificio del depósito.

Kurt se encontraba muy cerca. Hizo una mueca.

—¿No has visto ese letrero? Seguro que lo pusiste tú mismo. Y dice que aquí está prohibido fumar.

—Necesito un cigarrillo —dijo el hombre, con labios temblorosos—. No va a ocurrir nada por eso. Yo tengo la suficiente experiencia.

Extrajo un encendedor y lo encendió.

Mientras estaba prendiendo la punta del cigarrillo, sin apagar aún el encendedor, tomó silenciosamente con la derecha la manga y apretó el disparador, para que volviese a brotar el chorro de gasolina. Más silenciosamente aún, la sacó de la boca del depósito.

¡Y lanzó el chorro hacia Kurt!

A este le cogió la maniobra completamente desprevenido. No esperaba aquello. Notó que quedaba empapado completamente en gasolina en solo fracciones de segundo.

Intentó zafarse de aquel chorro mortífero, pero era inútil. La manga

siguió sus movimientos. ¡Y entonces su enemigo se dispuso a lanzar el mechero encendido sobre él!

Kurt intentó apartarse, pero sabía que era inútil. Desesperadamente inútil. Su gemido atravesó el aire, mientras sonaba un disparo!

Un disparo de revólver que quebró secamente la calma de la mañana.

★ ★ ★

El dueño de la gasolinera cayó de pronto, retorciéndose, con la cabeza atravesada, mientras la manga caía también al suelo. La gasolina corrió velozmente hacia el encendedor, que no se había apagado aún.

Kurt reaccionó instantáneamente, en fracciones de segundo, aun sin saber exactamente qué era lo que había ocurrido. Solo supo que allí podía originarse una explosión que lo enviaría al infierno todo.

Dio un veloz puntapié al mechero, enviándolo lejos. La gasolina circuló inocentemente por el suelo. Kurt, sin perder un segundo, fue hacia la manga de agua y la lanzó a presión sobre el líquido inflamable.

Mientras tanto se acercó Moss. Kurt ni siquiera había visto aún al autor del disparo.

Moss gruñó:

—Siento haberle salvado.

Kurt alzó los ojos.

—De todos modos gracias.

—Ese ya no se moverá más. No se daba cuenta de que iba a provocar un desastre donde quizá hubiese muerto él mismo. Y lo peor es que no me ha quedado más remedio que tirar a la cabeza; necesitaba evitar que terminase el gesto de lanzar el encendedor.

—¿Sabe por qué intentaba matarme?

—No, pero lo imagino.

El agua a presión ya había limpiado la gasolina del suelo. El policía Moss se atrevió a poner los pies allí. A unos cien metros estaba su coche, que debía haber dejado para acercarse más silenciosamente.

—¿Qué imagina, Moss?

—He oído rumores, he oído cosas... En nuestra pequeña ciudad se había formado una especie de clan. Por otra parte comprobé que las cápsulas del rifle disparado correspondían a uno del que era propietario este hombre.

Señaló con el mentón al caído.

—Espero que él haya sido el único culpable de todo —susurró Kurt—. Ojalá no sea necesario detener a nadie.

—Ojalá —reafirmó Moss—. Un jefe de policía en una ciudad pequeña tiene que hacer constantes equilibrios. Si todo termina aquí me dará por satisfecho.

Kurt tragó saliva.

No sabía si le convenía hablar, pero al fin se atrevió a preguntar aquello.

—¿Vio el cadáver? Me refiero al de Peter Koster.

—Sí.

—¿Qué opina?

—No lo sé. No llevaba documentación. He avisado a sus presuntos padres, pero estos ni siquiera han venido a identificarlo.

—¿Cree que esto podía estar relacionado con el asunto del lago?

—¿Qué asunto?

Kurt lo explicó todo. Explicó palabra por palabra cuanto sabía. Todo lo que había sucedido desde que él llegó a la ciudad hasta que intentaron quemarle vivo en la gasolinera. Su voz era natural, pero cualquiera hubiese adivinado que no le resultaba agradable recordar aquello.

Moss le escuchó en silencio, tomó algunas notas en su bloc y al fin se dirigió al teléfono.

—Los buceadores de la policía federal se encargarán de averiguar qué hay de cierto en eso. Pero no se confíe ni un momento, Kurt Loman. Hemos descubierto solo una parte del misterio. La otra queda en pie... y usted sigue siendo el principal sospechoso. El único hombre que, según mis cálculos, ha tenido posibilidades para matar.

TRECE

Habían caído de nuevo las sombras de la noche.

Todo estaba envuelto en esa bruma poética pero un poco siniestra que se desprende de los ríos mansos, de los lagos y de los lugares donde el agua quieta se extiende bajo la luz de la lima.

Helda estaba inmóvil en la casa donde vivía, o más bien donde se ocultaba por las noches. A través de los cristales de la ventana que tenía frente a los ojos veía la suave neblina que lo envolvía todo. El silencio era absoluto; esta noche no se oía ni siquiera el susurro del viento.

Helda encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

No había visto a Kurt en todo el día anterior. Había sabido, eso sí, que circulaban extraños rumores por la pequeña población: Que había muerto el dueño de la gasolinera, que iba a abrirse una investigación y que los federales llegarían de un momento a otro. En aquella pequeña comunidad, quieta y encerrada en sí misma durante el otoño, todas las noticias crecían y adquirían una insospechada importancia. Los rumores habían llegado hasta ella, hasta su refugio donde imperaba un miedo que no quería confesarse.

¿Qué había sido mientras tanto de Kurt? ¿Dónde estaba?

Helda pensaba en todo esto y en la niebla que envolvía el lago, en aquel misterio que aún estaba por desentrañar.

¿Sería Kurt el hombre que mataba sin recordarlo luego? ¿Sería él el extraño asesino de quien le había hablado Moss?

La muchacha vio consumirse la punta de su cigarrillo, miró como obsesionada aquel puntito de luz que era la única señal de vida en torno suyo.

Sus manos ya no temblaban, pero la angustia iba creciendo en su interior como crece el nivel de las aguas en una bañera donde una sabe que han de ahogarla.

De pronto Helda contuvo la respiración, al escuchar un rumor casi imperceptible junto a la casa.

El rumor suavísimo de alguien que caminaba casi arrastrando los pies. El rumor levantado por alguien que se desliza con las precauciones de un animal salvaje.

Fue entonces cuando vio aquella mano surgir por debajo de la ventana, al otro lado de la pared. Fue entonces cuando aquellos dedos crispados acariciaron el cristal lenta y siniestramente.

CATORCE

Los Koster seguían en su cocina, quietos, asombrosamente estáticos, como paralizados por sus pensamientos.

Las baldosas blancas relucían tenuemente a la luz de la luna que penetraba por la única ventana. El silencio era absoluto, como todas las noches, y la neblina envolvía las casas que parecían tumbas abandonadas bajo las tinieblas.

El viejo Koster susurró:

—Debimos haber ido a la diligencia del reconocimiento. Moss, ese policía, nos avisó. Nos dijo que era necesaria nuestra ayuda para identificar al cadáver.

La mujer se removió, inquieta.

Parecía palpar el silencio como si este fuera una cosa fluida, algo que les envolvía y que les aislaba del mundo.

—Sí —musitó al cabo de unos instantes—. Debimos haber acudido.

—No sé qué es lo que Moss, ese policía, pensará de nosotros.

—Resulta incomprensible que unos padres no acudan a reconocer el cadáver de su hijo.

—Él no sabe nada si es o no nuestro hijo. Nadie sabe nada. ¿No dices que no han podido identificarlo?

—Sí, eso es... Lo tendrán en el depósito de cadáveres, conservado a baja temperatura, hasta que nosotros vayamos o hasta que ocurra algo. O quizá lo reexpidan a cualquier sitio donde puedan encontrar una pista. No sé... Todo esto es tan horrible que me resisto a pensarlo.

La mujer se removió de nuevo, inquieta, mientras una arruga vertical se dibujaba en su frente.

Parecía muy vieja, pero no lo era. Todavía conservaba grandes reservas de vigor. Sus manos, como las de Koster, eran nudosas, duras y capaces de grandes esfuerzos.

Susurró:

—Ahora ya no sucederá nada más. Ahora ya no volverán a resonar los gritos en el pantano.

Fue justo en aquel momento cuando el aullido inhumano volvió a resonar, cuando sus ecos se perdieron en la lejanía.

El viejo Koster susurró:

—Es horrible... horrible...

Y se puso en pie lentamente.

QUINCE

Helda contuvo la respiración mientras veía aquella mano acariciar por fuera el cristal, crispase lentamente como una garra, cerrarse luego como una maza que fuera a romper de un momento a otro la frágil barrera de la ventana.

Helda sintió cómo los nervios le agarrotaban la garganta, espiró ansiosamente, queriendo gritar.

No pudo.

Algo la paralizaba, impidiéndole cualquier reacción ante el horror que tenía apenas a cinco yardas, al otro lado de la pared.

Entonces escuchó aquel aullido inhumano, ronco, aquella especie de aullido de lobo que penetró en su cuerpo como la hoja de un cuchillo.

Sonó un golpe en los cristales, y estos se rompieron. La mano buscó la falleba de la ventana.

Esta era la única que no tenía postigos. Helda comprendió que el monstruo iba a entrar. ¡Comprendió, quizá demasiado tarde, que estaba ya perdida!

Bruscamente todo su cuerpo sufrió una sacudida. Se pegó a la pared, deslizándose ansiosamente hacia la puerta de la habitación mientras su garganta seguía pugnando por lanzar un grito.

Escapó cuando la ventana se abría. Corrió a ciegas, alocadamente, hacia la puerta exterior de la casa, mientras el alarido se repetía.

La oscuridad la envolvió. Creyó oír pasos a su espalda. El horror se pegó a su piel como si fuera algo viscoso, algo de lo que no podría desprenderse mientras estuviese viva.

Bruscamente abrió la puerta exterior. Sabía que se jugaba el todo por el todo. ¡Sabía que en la oscuridad del lago podrían acorralarla!

Echó a correr alocadamente, sin darse cuenta de hacia qué lugar iba, y en ese momento el alarido volvió a repetirse.

¡Justo a su espalda! ¡Apenas a veinte metros!

Estuvo a punto de resbalar sobre una tapa metálica del servicio de aguas empotrada en el suelo, a un lado del camino.

Logró enderezarse. La tapa metálica quedó atrás.

Helda sintió que su zapato izquierdo se enredaba con unas raíces. Tiró de él angustiosamente, y el pie se negó a salir de su momentánea cárcel.

El grito se repitió.

¡Apenas a diez metros!

¡Un solo salto bastaba para que el asesino cayese sobre ella! ¡Un solo

salto y todo terminaría, como terminó para su hermana días antes!

Helda hizo un movimiento casi desesperado y consiguió retirar su pie izquierdo del interior del zapato. Sintió que se había desgarrado la media y lastimado seriamente el tobillo. Por unos instantes el dolor fue tan intenso que le impidió todo movimiento.

Tal vez solo dos segundos, tres...

¡Pero nunca Helda había vivido una eternidad semejante!

Logró saltar cuando el aullido se repetía casi en su propia nuca. Por un instante la muchacha tuvo la casi irresistible tentación de volver la cabeza, de ver el horror cara a cara.

Pero en la última décima de segundo no se atrevió. *Le daba angustia pensar que iba a ver el rostro de Kurt.*

Ladeó unos matorrales, con un habilísimo quiebro de cintura que debió desorientar a su perseguidor, y de pronto aparecieron ante sus ojos las aguas quietas del lago.

Helda no lo dudó un momento.

Aún tenía una posibilidad de salvación, aunque esa posibilidad fuera remota.

Tomó velozmente impulso y se lanzó a las frías aguas, hundiéndose vertiginosamente en las tinieblas.

Nadó bajo la superficie del agua todo lo que le fue posible, hasta tener la sensación de que se asfixiaba, y luego volvió a emerger.

Creía haber estado mucho tiempo bajo la superficie, pero en realidad no había estado ni medio minuto. Se encontraba ya cansada y jadeante cuando se lanzó al agua. Sus pulmones no habían sido capaces de resistir más.

Al emerger se dio cuenta de que estaba junto a un embarcadero. Los gruesos postes de este se hundían en las aguas. Las tablas viscosas estaban al alcance de su mano.

La muchacha se asió a las tablas, para salir de allí... ¡y en aquel instante una mano la sujetó! ¡Cinco dedos de acero se aferraron como tentáculos en torno a su muñeca!

QUINCE

El frío subió por la espalda de Helda. No fue solo el frío del agua, sino algo mucho más profundo e intenso. Fue como la mano helada del horror deslizándose por su columna vertebral. Fue como si un beso de la propia muerte se hubiera posado en su nuca.

Tiró hacia abajo y la mano apretó más. ¡Fue a gritar y ni un solo sonido surgió de su garganta!

¡Su propio miedo la había inmovilizado! ¡Aquel frío se trenzaba a sus músculos y le impedía moverse, como si fuera una soga!

A pesar de que tenía la mano muy cerca, no la vio una sola vez. Su vista enturbiada apenas le permitía distinguir nada que no fuese la superficie de las aguas, casi al nivel de sus ojos. Solo un breve momento de serenidad le hizo comprender que, sin embargo, aquella sola mano nunca tendría fuerza suficiente para sacarla del agua.

¡Aún podía salvarse! ¡Aún podía huir!

Dio dos tirones enérgicos, pero siguió sujeta. El agua le hacía perder peso y por lo tanto disminuía su empuje. Supo notar, sin embargo, como un leve síntoma de fatiga en la mano que la sujetaba.

¡Y entonces, por el borde mismo del embarcadero, apareció un largo palo con un gancho a su extremo! ¡Iban a izarla con la ayuda de un bichero, como se iza a un cada vez que flota sobre las aguas!

Notó que el gancho acariciaba sus cabellos, su nuca...

¡Iba a clavarse en sus ropas o quizá en su propia piel! ¡Iba a ser muerta de la forma más miserable!

¡Y entonces sonó el alarido estremecedor otra vez! ¡El alarido que retumbaba encima de su cabeza!

Fue el horror lo que dio nuevas fuerzas a Helda. El propio miedo la hizo contorsionarse desesperadamente, mientras durante varios segundos el gancho del bichero arañaba inútilmente el aire.

Logró desasirse.

La mano arañó siniestramente el aire, en un último esfuerzo por sujetarla, mientras el bichero hincaba las aguas como el diente de un monstruo antediluviano. Helda se hundió en la negra superficie, sintiendo que sus fuerzas fallaban. Durante varios segundos, la oscuridad dio varias vueltas en torno a ella, como un torbellino.

Uno de sus pies llegó a tocar el barro del fondo, y entonces reaccionó. Comprendió que si quedaba enganchada allí estaría perdida. Ansiosamente braceó intentando volver a la superficie, mientras sus pulmones sin aire le quemaban como dos manchas de fuego.

Salió a la superficie y respiró ansiosamente. Pudo entonces darse

cuenta, al obrar con un poco más de serenidad, de que estaba a cierta distancia del embarcadero. En este no se veía a nadie aunque su misterioso enemigo aún podía estar tendido sobre las tablas.

Helda nadó hasta la orilla opuesta, sin fuerzas, sintiendo que sus brazos le pesaban como si fueran de plomo.

Estaba al borde del agotamiento. La tensión nerviosa había sido superior a ella misma. No podía más.

De pronto creyó oír un chapoteo en el agua, a poca distancia. Volvió la cabeza.

Un grito de horror estuvo a punto de brotar de sus labios. ¡Alguien la seguía! ¡Alguien la seguía nadando hacia ella con la velocidad de un delfín!

Se sintió perdida. Un ronco estertor brotó de su garganta. Intentó acelerar sus movimientos, para llegar antes a la orilla, y solo consiguió malgastar el resto de sus fuerzas.

Bruscamente una mano cayó sobre su espalda. La sujetó férreamente.

Helda volvió la cabeza hacia arriba, mirando el cielo negro por última vez, y lanzó un gemido con sus postreras fuerzas. Inmediatamente después perdió el sentido.

Pero ya se había dado cuenta de quién era el que la sujetaba.

Kurt.

★ ★ ★

Los minutos que pasó sin conocimiento estuvieron cargados de angustia, de miedo, de siniestra seguridad en que iba a ser asesinada.

Pese a estar desvanecida conservaba una extraña lucidez, y podía hilvanar, aunque de forma desordenada, algunos pensamientos. Se daba cuenta, por ejemplo, de que Kurt la había perseguido hasta alcanzarla. Se daba cuenta también de que pronto sería otra de sus víctimas.

¿Pero era posible que Kurt...? ¿Era posible que...?

Su misma angustia la hizo despertar con un sollozo. Vio allí a Kurt, quieto ante ella, y tuvo un espasmo al notar que sus manos grandes y fuertes iban en busca de su cuerpo.

Aquellas manos apretaron su tórax. Con sorpresa, Helda se dio cuenta de que por entre sus labios brotaban unos delgados hilos de agua.

Por lo visto, había estado algunos minutos bajo la superficie del lago. Debía haber tragado bastante agua. Lo que Kurt le estaba practicando era algo muy parecido a la respiración artificial.

Sintió un infinito alivio, un alivio que no era ya físico, sino moral, porque se daba cuenta de que Kurt no había intentado matarla. Kurt no haría nada contra ella. ¡Era la única persona en quien aún podía

confiar!

Este descubrimiento la llenaba de un gozo que no era capaz de explicar, le producía una suave emoción que parecía devolverle poco a poco la vida.

Musitó:

—¿Has... has visto?

—No he llegado a ver nada, Helda. Solo que te debatías en las aguas y estabas a punto de hundirte.

—Me... me perseguía.

—He oído el grito.

—Casi he llegado a estar... en sus manos.

A la muchacha le costaba hablar. Notó que Kurt hacía más suave la presión de sus dedos.

—Calla...

Helda se iba reanimando poco a poco. La vida volvía a ella como una caricia.

Lanzó un suspiro de alivio, entreabriendo los labios, sin darse cuenta de que los de Kurt estaban muy cerca.

Y Kurt la besó. La besó ansiosamente, velozmente, con una especie de secreta ansia que hacía temblar su boca.

Luego se separaron y los dos quedaron mirándose unos momentos.

La luna rielaba en los ojos de la muchacha, que parecían tan quietos y profundos como las aguas del lago. Sus labios brillaban tenuemente, con un brillo de fruta fresca.

Parecía como si, de repente, el horror que los cercaba hubiera dejado de existir. Como si todo fuera distinto por el simple hecho de que entre los dos mediaba aquel silencioso beso.

Fue Kurt el que se encargó de volver las cosas a la realidad, diciendo con voz lenta:

—Mi beso no ha sido romántico del todo, Helda.

—¿Qué... quieres decir?

—Perdona, pero mientras te besaba he notado que tienes fiebre. Todo esto ha sido un golpe demasiado rudo para ti. Me temo que dentro de una hora estés delirando.

Ella se notó sacudida por un brusco escalofrío. Tenía razón Kurt, ahora se daba cuenta. La felicidad de saber que seguía viva le había impedido percatarse de que sus sienes ardían mientras un frío atroz le recorría a ramalazos la espalda.

Susurró:

—¿Qué puedo hacer?

—Necesitas que alguien cuide de ti mientras busco a un médico. No puedes quedarte sola por más tiempo. Ya han sido demasiadas experiencias horribles en una sola noche.

—¿Pero dónde puedes llevarme?

El pareció repasar sus recuerdos.

—No hay más que un lugar. La casa de los Koster.

—¿Los Koster? Estoy segura de que ellos tratarán de defenderme con todas sus fuerzas, pero son viejos... Si ese extraño monstruo entrase allí...

—No entrará. Ellos son, por decirlo así, los habitantes más antiguos de esta zona, e imagino que su casa es de las más sólidas. A mí me lo pareció cuando estuve allí. Además, yo vendré con él médico dentro de muy poco, Helda; no te preocupes...

La cargó en sus brazos, como si fuera una pluma, y la llevó por la orilla del lago hasta la casa de los Koster. Su pierna lesionada le dolía, pero una fuerza superior a él parecía empujarle. Vio que había luz en la casa de los dos viejos.

Llamó.

Los dos abrieron la puerta a la vez, como si fuesen una sola persona. Sus ojos brillaban quietamente, con una especie de fuego oculto. Kurt se dio cuenta de que estaban vestidos los dos.

—¿Está herida la muchacha? —preguntó el viejo.

—No. Solo tiene fiebre, pero necesita que la atienda un médico cuanto antes. ¿Podría dejarla aquí, con ustedes, mientras voy en busca de uno a la ciudad?

—Por supuesto... Tenemos un pequeño cuarto de huéspedes, aunque nunca lo usa nadie, porque no vienen a vernos... Pase, pase... Con mucho gusto la atenderemos, señor Kurt Loman.

El pasó.

La casa olía un poco a viejo, a cerrado, a húmedo, cosa que no ocurría la primera vez que él entró. No sabía definirlo, pero le parecía que algo había cambiado, que las cosas eran extrañamente distintas de la vez anterior. Le parecía como si la casa fuese otra.

Esta sensación, sin embargo, duró muy poco. Fue como un relámpago que se extinguió enseguida de nacer.

Kurt depositó a la muchacha sobre una cama intacta de una pequeña habitación con ventanas enrejadas, que debía ser la llamada habitación de huéspedes. Al depositarla allí se dio cuenta de que Helda había terminado por perder el sentido.

Mejor. Así, cuando se diese cuenta, ya estaría el médico allí. Sería todo más fácil.

Vio que junto a la cama de Helda había otra, sobre la cual descansaban tres gruesos colchones. No le prestó ni un momento de atención. Lo que él estaba viviendo era una carrera contra reloj, y tenía que ganarla. Era necesario que el médico estuviera cuanto antes allí.

Giró su cuerpo, para enfrentarse a los dos viejos, que le miraban fijamente.

Otra vez tuvo la sensación de que no parecían tan viejos ni tan

débiles cuando se les miraba atentamente, pero como le había ocurrido en otras ocasiones, pasó por alto aquel pensamiento.

—Les ruego que cuiden de ella —pidió—. Serán solo unos minutos. Tengan precaución sobre *todo...* para que nadie entre aquí.

—Claro que no... No entrará nadie, señor Loman.

—Confío en ustedes.

El viejo Koster repitió como un eco:

—*No entrará nadie...*

Kurt dominó su deseo de quedarse junto a la muchacha, diciéndose que le convenía estar cuanto antes de regreso de la ciudad, y salió de la villa de veraneo, para dirigirse a la casa que él tenía alquilada y tomar su automóvil. Antes de llegar a ella se encontró con alguien a quien no esperaba ver: con el dueño del puesto de periódicos. El tipo estaba hurgando en una plancha del servicio de aguas, a pesar de su mano herida. Era una plancha que estaba a un lado del camino, y al parecer sólidamente adherida al suelo. Daba la sensación de no haberse levantado en muchísimo tiempo.

A pesar de su inquietud y de sus aprensiones, Kurt no pudo evitar el detenerse.

—¿Qué hace aquí?

El otro pareció leer lo que el propio Kurt estaba pensando.

—Esto no se ha abierto en muchos años.

—¿Y qué?

—Nada; lárguese.

—Nadie puede manipular en una plancha de esas sin estar autorizado. Son propiedad privada. ¿No comprende que podría originar una avería?

—¿Y a usted qué le importa?

Kurt se encogió de hombros. En efecto, ¿a él qué le importaba? Fue a seguir su camino y a los dos pasos se detuvo.

El hombre acababa de decirlo. *Aquella tapa metálica no había sido levantada en muchos años.*

Se detuvo.

Una idea en la cual no quería creer acababa de afincarse en su cabeza. Volvió a girar lentamente en dirección al vendedor de periódicos.

—¿Por qué no es sincero de una vez? —preguntó—. ¿No comprende que en este asunto ya ha tomado cartas la policía?

—¿Qué asunto?

—No se haga el idiota. El lago va a ser revisado de punta a punta por hombres rana del F.B.I. Esos sabuesos no fallarán. Si es que sabe algo, más vale que se libre de culpa hablando antes con la policía.

—Usted no es policía.

—Voy a ir a ver ahora a Moss. ¿Por qué complica las cosas?

Bastantes calamidades han caído ya sobre esta ciudad, por la ambición de cuatro aldeanos.

El otro le miró, sin dejar por eso de maniobrar en la tapa metálica, que no conseguía alzar.

Evidentemente luchaba entre la ambición, que aún no estaba vencida, y el temor a tener grandes complicaciones con la policía. Había descubierto algo que consideraba importante, pero aún no sabía qué hacer. Kurt le ayudó susurrando:

—¿Por qué no me explica lo que piensa? Simplemente lo que piensa. Ya ve que no es gran cosa.

—Bueno, lo que pienso es... Ya se lo he dicho. Esto no se había abierto en muchos años, y las otras tapas sí. No sé cómo no nos hemos dado cuenta antes de ahora.

—Es que en esa clase de tapas nadie se fija.

Notó que el hombre vacilaba. Seguía en sus dudas acerca de si hablar o llevar él solo aquel asunto, exponiéndose a tener complicaciones con la policía, después de lo que había ocurrido ya. Kurt se dio cuenta de eso y le ayudó con una pregunta:

—Pero usted ha descubierto que con esa plancha metálica ocurre algo más, ¿no es cierto?

—Sí... eso es.

—¿Qué ocurre?

—He visto los planos de distribución y control del agua potable en esta zona. Yacen en una sección de los archivos del municipio, llenos de telarañas y de polvo. Nadie los mira. Y me he dado cuenta de que en los planos no figura esta tapa.

—¿Quiere decir que...?

—Alguien la instaló. Alguien que, desde luego, no pertenecía para maldita la cosa a la Compañía de Aguas.

El vendedor de periódicos ya estaba embalado. Parecía como si descargarse de la tensión insoportable de las últimas horas fuese un alivio para él. Añadió, ante la mirada interrogante de Kurt:

—Además no es eso solo.

—¿Hay algo más?

—He repasado los periódicos de hace veinte años. El último espía nazi en esta zona del Sur fue muerto por los federales justamente al lado de esta placa.

Kurt palideció un momento.

La idea daba vueltas a su cráneo como un moscardón, pero aún se resistía a creer en ella.

Era una idea tan sencilla que resultaba casi diabólica.

Su misma sencillez la hacía increíble. Su misma simplicidad causaba una especie de vértigo.

Nada más inofensivo que una tapa metálica de las que hay en el

suelo para el control de la distribución de aguas. Nada más propicio a que nadie se fije en ello, sobre todo si está instalada al borde de un camino por el que apenas pasa gente.

¡Los antiguos espías nazis, llegados en submarinos desde la lejana Alemania, podían tener su tesoro oculto allí! ¡Allí podía estar la clave que muchos habitantes de la ciudad habían buscado inútilmente en el fondo del lago!

Miró al dueño del puesto de periódicos. Sus facciones habían palidecido, porque los dos parecían pensar lo mismo.

—Es necesario abrir eso —dijo Kurt.

—Seguro...

—Vamos a ver.

Los dos pusieron sus manos sobre la plancha, intentando sujetar los rebordes de esta.

★ ★ ★

Mientras tanto, Helda, en el interior de la casa, había cerrado dulcemente los ojos.

Se sentía tan fatigada, tan abatida, que el sueño vino a ella sin sentirlo, como una caricia lejana.

Pero fue un sueño rápido y atroz, un sueño de pesadillas, cargado de imágenes que la muchacha no comprendía.

Antes de cerrar los ojos había visto, de un modo lejano e impersonal, los tres colchones que cubrían enteramente la cama contigua a la suya.

¡Y se le ocurrió pensar que debajo de aquellos tres colchones estaba oculto alguien!

¡El mismo extraño ser que había intentado matarla en el lago! ¡El de los gritos aterradores! ¡El asesino de su hermana!

Lo terrible era que lo que Helda estaba soñando constituía exactamente la verdad.

Aquellos colchones se habían movido un poco al cerrar ella los ojos.

De debajo de ellos había surgido una mano de dedos crispados, una mano convertida en una auténtica garra.

Luego surgió el cuerpo de un hombre.

Era un hombre de mediana estatura, endiabladamente fuerte, con los cabellos caídos sobre la frente. Un hombre joven, pero en cuyos ojos se leía ya un horror sin nombre.

La mano crispada cayó sobre la garganta de Helda cuando esta despertaba, impidiéndole gritar.

DIECISÉIS

Los ojos desencajados de la muchacha miraron el rostro del hombre que estaba sobre ella. Se posaron en aquellas pupilas diabólicas donde no se podía leer ni el bien ni el mal, sino una locura homicida que estaba más allá de las leyes de este mundo.

Pero no fue solo eso, no fue solo el darse cuenta de que iba a morir lo que la horrorizó.

Lo que terminó de helarle la sangre en las venas fueron las palabras del viejo Koster, pronunciadas desde la puerta:

—Mátala sin hacerla sufrir... ¡Mátala cuanto antes!

El cuchillo del loco se elevó sobre la garganta de Helda, a la que aquella zarpa crispada sobre sus labios impedía gritar.

★ ★ ★

Los esfuerzos conjuntos de los dos hombres hicieron posible que la tapa se alzara. Debajo de ella encontraron algo muy parecido a un cuadro de control de distribución de aguas, pero con la particularidad de ser bastante más complicado. Había varios resortes cuya utilidad no podían comprender por el momento.

El de los periódicos masculló:

—¿Qué infiernos será esto?

Kurt miró preocupado hacia la casa de los Koster.

La tapa metálica estaba cerca. ¿Y si aquellas conexiones tuvieran algo que ver con la casa? ¿Y si allí se ocultara el secreto de lo que los habitantes de la ciudad habían andado buscando?

—¿Qué le pasa?

El de los periódicos había alzado la cabeza.

—No sé... Estoy pensando que me convendría volver a esa casa y mirar algo con más detalle... No se mueva de aquí. Por favor, no haga nada.

Fue hacia la casa. Vio que el otro individuo miraba dubitativamente hacia los resortes y ponía las manos en ellos, pero pensó que no los movería. Había algo, por otra parte, que le preocupaba mucho más.

Entró en la casa.

La puerta estaba abierta, y en el primer momento no vio a los Koster. Los distinguió luego de espaldas, tapando casi completamente una puerta. Kurt se dio cuenta de que era la puerta de la habitación donde había dejado descansando a Helda. Sintió que se le helaba la sangre en las venas, sin saber exactamente por qué, y saltó hacia allí.

Los Koster rodaron por tierra, sorprendidos ante la violencia del choque. Kurt llegó a tiempo de detener la mano del asesino cuando el cuchillo ya iba a segar la garganta de la aterrorizada Helda.

Haciendo uso de sus conocimientos de boxeador y de «catcher», hizo saltar a su enemigo por encima de su cabeza, y lo estrelló contra una de las paredes. Mientras tanto aulló:

—¡Huye, Helda! ¡Huye!

No sabía aún si los Koster iban a ser enemigos temibles, y deseaba ante todo salvar a la muchacha. Vio que esta se incorporaba, al tiempo que el asesino se lanzaba sobre él, blandiendo todavía el cuchillo.

Kurt movió el puño derecho.

—Lo siento, amigo. La última vez que aticé un golpe de esta clase, a mí rival lo tuvieron que sacar entre cuatro.

El terrible impacto destrozó el rostro de su adversario. Este lanzó un grito extraño, parecido al maullido de un gato, y volvió a caer hacia atrás. Kurt vio que Helda estaba a punto de atravesar la puerta.

Necesitaba que alguien fuese testigo de lo ocurrido, para que luego no resultaba acusado él mismo, dada su difícil situación ante Moss. Como un relámpago, pensó en el hombre que estaba fuera, a pocas yardas de distancia. El sería un testigo tan bueno como cualquier otro. Salió, en compañía de Helda, y en ese momento vio al de los periódicos manejando los resortes que había bajo la tapa metálica.

Un oscuro presentimiento le cortó la respiración. Ningún grupo de espías carece de algún mecanismo que destruya inmediatamente sus secretos. Fue aquel presentimiento lo que le hizo gritar:

—¡No toque eso! ¡Cuida...!

No llegó a terminar la palabra. La horrrisona explosión, a sus espaldas, hizo que la casa se tambaleara hasta sus cimientos. Helda y él, a una distancia de quince pasos, cayeron abrazados mientras de sus bocas escapaba un mismo hilo de sangre...

EPÍLOGO

Fue el mismo inspector Moss quien los vino a buscar en su automóvil una semana más tarde, cuando salieron del hospital, ya repuestos de los demoledores efectos de la onda expansiva.

Moss parecía triste esa mañana, a pesar de que muchas preocupaciones habían terminado prácticamente para él.

—Vengo del entierro de los restos de los Koster —dijo sombríamente—. Bueno, de lo que se ha podido encontrar, después de levantar pieza por pieza los escombros de la casa. Los Koster y su hijo, ¿sabe?

—¿Lo era realmente?

—Sí, claro. Ahora he podido averiguarlo todo. Hace tres años poco más o menos, ese hijo, que siempre había sido un anormal, se transformó en un loco peligrosísimo. Llegó a asesinar a una mujer, y los Koster lo ocultaron, pero al final la policía lo averiguó todo y lo encerró en un manicomio. En la pequeña colonia veraniega, los Koster dijeron que su hijo había muerto.

—¿Pero y el otro? ¿El que murió asesinado? ¿No era su hijo también?

—Lo adoptaron un año después, precisamente para mejor olvidarse del otro. Era un muchacho lleno de buenas intenciones que además siempre usaba el nombre de Peter Koster para mejor complacer a sus padres adoptivos. Ellos se quedaron en el lago pasado el verano precisamente porque su hijo auténtico, Peter, había huido, y así lo ocultarían mejor, en aquella zona despoblada. El hecho de que cometiera nuevos crímenes no les hizo cambiar de opinión. Su cobardía les hacía convertirse en cómplices.

—Pero tiempo atrás se habían cometido ya otros crímenes, ¿no? El administrador me lo dijo al quedarme yo aquí. ¿También eran obra de ese loco?

—El primero no; nada tuvo que ver con él, aunque no sabemos si llegó a influenciarle. El del policía que entró en la casa solitaria fue obra suya, en cambio; entonces ya se había escapado y los Koster lo hicieron vivir durante una temporada en la zona del lago, hasta encontrarle un refugio más seguro cerca de la frontera canadiense. Al terminar el verano, él volvió junto a ellos. Los vigilantes del manicomio habían dado parte a la policía, desde luego, pero esta lo buscaba de un modo rutinario. Lo peor fue que cometió nuevos crímenes, entre ellos el del hijo adoptivo de los Koster.

—Comprendo que esté usted triste —susurró Kurt—. No habrá

sido agradable recopilar esos datos para dar carpetazo al asunto.

El policía intentó sonreír, cambiando de conversación.

—¿Cómo va su pierna?

—Bien. Ya casi me encuentro perfectamente.

—No todo ha de ser malo... Hallamos parte de los dólares escondidos por los espías nazis durante la pasada guerra. Estaban enterrados bajo la casa, aunque los Koster lo ignoraban. Allí fue donde vivieron, en otro tiempo, los espías. El dispositivo de explosión, colocado bajo la placa de distribución de aguas, estaba destinado a hacer volar todas las pruebas en un momento de crisis.

Kurt susurró:

—Y mientras tanto, los vecinos de la ciudad dándose zambullidas nocturnas en el lago...

—¿Qué quiere, amigo? En cuanto a uno le hablan de un baúl lleno de dólares, ya no nota que el agua está fría. Lo malo es que esos tipos eran demasiado ambiciosos. En fin, algunos lo han pagado. ¿Qué van a hacer ustedes?

Kurt susurró cansinamente:

—Lo que ella mande.

—¿Cómo lo que ella mande? ¿Por qué?

Y Kurt añadió, más cansinamente aún:

—¿Qué quiere que le diga? Nos hemos casado ya...

Moss no supo qué contestar. Hizo arrancar al coche.

F I N

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MÓRA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*